

44  
VICTOR FRANCEN  
EDWIGE FEULLIERES

# ¡FUEGOS!



2  
PTS

★ PUBLICACIONES CINEMA ★



¡ FUEGO !

*Y cepa de Bulla que quiza*

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

R 79 (FUEGO) Bar

# PUBLICACIONES CINEMA

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

Domicilio: Bailén, 154 - Teléfono 75007 - Barcelona

Presenta

## ¡FUEGO!

Dirigida por

JACQUES DE BARONCELLI

AQUEST LLIBRE  
ESTÀ EXEMPT DE  
PRÉSTEC

Una Producción

ORO FILMS



ORGANIZACIÓN FILMOFONO

BARCELONA

Paseo de Gracia, 80

MADRID

Gran Vía José Antonio, 67

Argumento novelado por

CARMEN G. MANENT



R.6 195

PRINCIPALES INTERPRETES:

VICTOR FRANCEN

EDWIGE FEULLIERES

Bergeron

Roger Legris

Solange Sicard

Camille Bert

Beauchamps y Aïmos

Jacques Baumer





# ! FUEGO !

---

## ARGUMENTO DE LA PELICULA

### El comandante Fremiet

---

Desde hacia algunos meses, el tráfico de armas se había intensificado grandemente en las costas marroquíes, facilitando con ello los intentos de rebelión de los rifeños, que se hacían cada día más frecuentes. Europa y Africa se miraban frente a frente, como dos enemigos. La obra civilizadora de la primera no encontraba eco en el alma de la segunda, hosta y cruce. El fusil que el traficante de armas ponía en manos de los rifeños había sido fabricado en Europa y de Europa era también la bala que casi siempre encontraba en su camino el pecho noble de un europeo. España y Francia luchaban en aquellos días por un ideal común, el de llevar la Civilización a las tierras caldesas por el sol del desierto.

—Después de estudiar detenidamente todos los datos que obran en nuestro poder, sólo podemos asegurar una cosa: que no luchamos contra uno, sino contra varios traficantes de armas, que trabajan artera y eficazmente en la sombra.

El que así hablaba era el comisario de policía de Tánger, que había acudido al despacho del comandante Jouvet para entrevistarse con él y ponerse de acuerdo sobre las medidas a tomar para acabar de una vez con aquel estado de cosas, que ponía en peligro la vida de tantos franceses.

—Mejor sería decir con una vastísima organización—objetó el comandante.

—Y puesto que todos estamos de acuerdo debemos obrar con

rápidos. Es preciso que nuestros barcos, aquellos que están vigilando las costas y que desgraciadamente nada han podido hacer hasta ahora, se esfuercen para obtener los datos que nos faltan, y que permitirán saber quién es el que dirige esta organización.

—Le supongo enterado de que nuestras averiguaciones van por buen camino.

—Sí, comandante, lo sé; pero hay que hacer más aún. Si pudiéramos descubrir dónde se encuentra la base de esta organización, si aquí o en Tánger, o en qué parte de Marruecos.

—Puede usted tener la seguridad de que, tarde o temprano, lograremos dar con ella. Y le voy a mostrar ahora, comandante, la posición de algunos de nuestros barcos que hacen el servicio de vigilancia. Mire. Aquí el «Cavallier»...

En aquel preciso momento, el comandante del «Cavallier» y su segundo se hallaban en el puente de mando, contemplando las costas africanas, que se extendían frente a ellos. Hacía días que habían salido de Casablanca con la misión de vigilar el tráfico de armas e impedirlo a toda costa, pero hasta aquel momento nada habían podido descubrir. De no recibir orden en contra, al día siguiente regresarían a Casablanca. Su misión terminaba a media noche.

—«L'Escapotelette» vendrá a buscartos al amanecer — hizo observar el comandante del buque, dirigiéndose a Fremiet, su segundo.

—¿Cree usted que esta vigilancia de las costas marroquíes se prolongará mucho tiempo? —inquirió éste.

—Todo lo que haga falta para evitar que los rifeños sean aprovisionados de armas y municiones.

—Entonces, con ligeros intervalos, tendremos seguramente para todo el verano.

—Iremos a Tolón, después de regresar a Casablanca.

—¡Bah! Me es indiferente. Allí nadie me aguarda.

El comandante sonrió.

—Tiene usted mucha suerte, Fremiet — hizo observar.

—¿Suerte? ¡Oh, comandante! Soy un solterón aburrido...

—Para, por eso, precisamente por eso le digo que tiene usted mucha suerte. En nuestra profesión lo mejor que puede ocurrirle a uno es estar enteramente desligado de todo afecto.

Acababa de recibirse un radiograma. El comandante lo leyó en voz alta:

—El «Sanabria» en peligro. En el 8°23 oeste y 33°34 norte. ¿Qué ruta llevamos?

—278, mi comandante.

—Nos está pidiendo auxilio y



con urgencia. ¿Me quiere mostrar en el mapa la situación?

Se acercaron a una mesa en la que había extendido un mapa. Fremiet le mostró el lugar exacto donde se hallaban.

—No debemos de estar muy lejos.

—Este era nuestro punto a la una, mi comandante. Debe de estar a 25 millas del sur y cuarto oeste nuestro.

—Está bien. Haga cambiar la ruta inmediatamente y retransmita el S.O.B.

Fremiet obedeció. Dió la orden de cambiar la ruta al 232 y luego se encaminó al camarote.

Quiriadec era el asistente de Fremiet. Era, además, el muchacho más ingenuo, más leal, más bueno y más... simple de toda la tripulación. Adoraba a su capitán y se habría dejado matar por él, pero algunas veces se saltaba a la torera la disciplina, como, por ejemplo, en aquel momento. Fremiet, al abrir la puerta de su camarote, acababa de sorprenderlo sentado frente a su mesa de trabajo, escribiendo una carta cuya redacción debía resultar muy laboriosa y difícil, a juzgar por la cara de apuro que ponía. La estaba ya terminando, y leía en voz alta lo que iba escribiendo:

—«Mi abra... vos... y muchísimos besitos...»

Fremiet avanzó cautelosamente, puso una mano en el hombro

de su asistente, y, con aquel tono amable y burlesco que adoptaba siempre para hablar con él, le dijo:

—Disculpeme que te interrumpa, Quiriadec.

El marinero se levantó rápidamente, se cuadró ante su superior y...

—Perdón, mi capitán, —suplicó no demasiado asustado, tal vez porque conocía la benevolencia de su jefe, de la que había recibido tantas pruebas durante los dos años que estaba a su servicio.

—No tienes por qué disculparte, Quiriadec, —repuso Fremiet sonriendo.

—Nunca me lo hubiera permitido...

—Si no hubieras creído que estaba ocupado y que no podía sorprenderte, ¿no es cierto?

Quiriadec se rascó la cabeza. Después de haber hecho esta operación, que tenía la virtud de aclarar siempre sus ideas, decidió confesar la verdad:

—Pues, sí, mi capitán...

—Escucha, que escribas una carta aquí, y hasta con mi papel, no es cosa que importe demasiado. Solamente quisiera que fijaras un poco tus ideas antes de empezar... Me refiero al texto de esta carta que estabas «elaborando»...

Quiriadec volvió a atormentar su cabeza:

—Es que es muy complicado...

—S. si, ya me he dado cuenta. Si necesitas algún consejo...

Quiradec rechazó humildemente la propuesta de su jefe:

—¡Oh, no! Jamás me atrevería...

Pero la bondadosa sonrisa que floreció en los labios de Fremiet le hizo cambiar inmediatamente de idea:

—Pues, atrévete. Y a ver si así ahorramos tiempo. ¿A quién estabas escribiendo? No lo pregunto por curiosidad, sino con ánimo de poder orientarte.

—Le estaba escribiendo a una mujer, en respuesta a una carta suya.

—Probablemente muy cariñosa. Me juego doble contra sencillo que en ella te envía un beso.

El ingenuo rostro de Quiradec adquirió una expresión beatífica:

—Sí, pero también me pide cien francos para un abrigo. Y yo he pensado dos respuestas, pero ahora dudo entre las dos y no sé verdaderamente cuál escoger.

Fremiet rió divertidísimo. Aquel hombre que había dejado atrás los cuarenta años, serio, formal, estricto cumplidor de su deber, era al mismo tiempo, el más afable y el más divertido de los compañeros. Su campechanía y su amabilidad, se extendía a todos los componentes de la tripulación, hasta los más humildes. Deseoso de ayudar a su asistente en aquel trance tan difícil, como era el de

escoger entre dos cartas amorosas la que pudiera surtir mejor efecto, le propuso:

—Léemelas las dos, y yo te diré cuál es la mejor...

Gonzaba ingenuamente en la perplejidad de su fiel Quiradec. Este, después de un momento de duda, empezó a leer:

—«Mi preciosa Carlotita. Me pides cien francos, que te envío. Pienso mucho en ti y te manda un abrazo muy fuerte... Firmado: Hechito».

Y al ver la extrañeza de Fremiet:

—Es como me llama ella... Dice que le gusta mucho —aclaró.

—Esta carta está muy bien —hizo observar Fremiet riendo de buena gana—. ¿Qué es lo que no te gusta?

—Pues... lo de los cien francos... Y ahora vea la otra: «Mi vida, me pides cien francos que jamás te enviaré. Te quiere Luis».

Por lo visto, Fremiet era de fácil contentar, porque elogió también:

—En su estilo tampoco está mal, ahora que... Tal vez resulte un poco seco. Naturalmente, a ella le hará menos gracia.

—Eso digo yo...

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

—Quisiera algo intermedio... Claro está que no me gusta que ella me pida cien francos...

—Total, que desear un amor

completamente desprovisto de interés. Un poco difícil en estos tiempos...

—Eso es, quiero decir, que preferiría que ella... Bueno, usted ya me entiende, mi capitán.

—Mira, para conseguir lo que te propones no hay más que mezclar las cartas. Dame esos papeles.

Quiriadec obedeció.

—Escucha ahora. «Mi querida Caricitita. Me pides cien francos que no puedo enviarte... Pienso mucho en ti y te mando un beso muy fuerte». Luego puedes firmar con tu nombre de guerra. Toma, cambia el texto, mejor dicho, déjalo para mañana. Vamos ahora en socorro de un yacht. Un S.O.S., que acaba de lanzarnos.

—Me alegro mucho.

—¿Quieres que se hunda?

—No, mi comandante. He querido decir que así no nos aburriríamos dando vueltas, como hemos estado haciendo hasta ahora.

Fremiet sonrió. Sabía que su fiel Quiriadec gustaba de las emociones fuertes. Tal vez ahora pudiera repararle una.

—Anda, vete a tu puesto —le ordenó—. Debemos estar ya próximos.

Se habían alejado de las costas griegas. Tardaron todavía un buen rato en dar con el yate que había lanzado la señal de S.O.S. El «Cavaller» paró a poca distancia del «Snabria». El comandan-

te, que observaba con los gemelos se sorprendió de no ver señal alguna de vida en él. ¿Qué habría sucedido a bordo? ¿Por qué había demandado auxilio?

—Tal vez una avería de máquinas —insinuó Fremiet, que había vuelto a subir al puente de mando.

—No lo creo probable.

Fremiet, que observaba también con los gemelos, objetó:

—Mire allí, comandante. ¿No se ha fijado usted en que la escala está cortada?

—Es extraño.

Los marineros habían preparado la lancha. El comandante ordenó a su segundo:

—Vaya con cinco hombres a averiguar lo que pasa a bordo.

Fremiet obedeció. Poco después, él y sus hombres subían al «Snabria». La impresión de soledad que les había producido la vista del yate al contemplarlo con los gemelos se acentuó aún más. Nadie acudió a recibirlos, nadie en el puente, ni un alma en las pasillos, en los salones, en los camarotes... Fremiet ordenó a uno de los oficiales que le acompañaba, que fuera a ver lo que ocurría en la sala de máquinas. Él y su fiel Quiriadec siguieron repasando los camarotes. Entraron en uno de ellos que presentaba señales evidentes de haber sido utilizado. Fremiet abrió cajones, extrajo papeles, que leyó cuidadosamente. Ninguno de ellos era del menor



interés. Encendió un cigarrillo, aspiró una bocanada de humo, y, cuando la ligera nube que éste puso ante su vista se hubo desvanecido, sus ojos azules y penetrantes se fijaron de repente en un retrato de mujer, colgado en una de las paredes del camarote. Se trataba de una mujer rubia, joven, de gran belleza, a juzgar por la fotografía. Un rostro que añadía la originalidad a la hermosura, y en el que se destacaban dos ojos negrísimo, orlados por largas pestañas. Aquel retrato pareció atraer profundamente la atención de Fremiet, que permaneció largo rato contemplándolo, mientras Quiriadec contemplaba a su vez a su amo, extrañado de verle tan abstraído...

Bailó, por fin, el capitán seguido de su fiel asistente. Pronto vino a su encuentro el oficial que él había enviado al cuarto de máquinas, portador de la noticia de que éstas se hallaban en perfecto estado.

—¿Estás seguro de que no hay ningún hombre escondido dentro del barco? —inquirió Fremiet, extrañado.

—Completamente, mi capitán. Hemos examinado detenidamente todas las dependencias.

—¿Y no han encontrado ninguna carta o papel que pudiera darnos alguna orientación?

—Nada, mi capitán. ¿Y usted?

—Yo no he sido más afortuna-

do que ustedes. ¡Es raro! Parece que estuviera hecho a propósito esto de no dejar indicios en el barco. En fin, va a quedarse usted con dos hombres para vigilar, mientras yo vuelvo a nuestro buque e informo al comandante.

Un minuto después daba cuenta a éste de las curiosas circunstancias en que habían encontrado al «Sanabria». Ni un alma a bordo, ni un papel, ni siquiera un mapa... Parecía un barco fantasma.

—No comprendo. Entonces ¿quién habrá lanzado la señal de S.O.S.? Vaya usted a dar las órdenes oportunas para que el yate sea remolcado. Una vez en Casablanca lo pondremos bajo la vigilancia militar, hasta tanto no aparezca su propietario...

—Con el control de la oficina «Veritas», no tardaremos en dar con él.

—Eso espero. De todos modos, encuentro muy raro lo que sucede —hizo observar el comandante.

## Una mujer de negocios

Todo el mundo en Marruecos conocía a la bella Edwige Hernau. Todo el mundo sabía que era una mujer joven, hermosa, arrebatadoramente femenina, de una elegancia sin igual; todo el mundo sabía también que era fabulosamente rica... y que había ganado

su fortuna a pulso, trabajando, a pesar de su belleza, a pesar de su feminidad, a pesar de su elegancia, como un vulgarísimo hombre de negocios, al frente de su comercio de exportación de frutas.

Sucedia con frecuencia que Edwige daba en su casa una espléndida fiesta, a la que acudían todos sus amigos, y se formaban giros. Se comía opíparamente, se bebía abundantemente, se jugaba, se bailaba... se flirtaba... Pero nunca con la dueña de aquel hermoso palacio dorado. Esta acostumbraba a permanecer casi toda la velada atendiendo en su despacho los asuntos que le había sido imposible abarcar durante las diez o doce horas diarias que constituía su jornada de trabajo.

Un hombre de mediana edad, de rostro inteligente y astuto acababa de entrar en uno de los salones de casa de Edwige, rebozante de invitados. Un criado se le acercó para preguntarle si tenía invitación. El recién llegado contestó con una negativa.

—Entonces, siento mucho decirle que no puede entrar... —objetó el fámulo.

El recién llegado sacó una tarjeta de su cartera y la entregó al celoso capcerbero.

—Haga el favor de entregar inmediatamente esta tarjeta a la señora Edwige Hernan —ordenó.

—La señora ha prohibido que se la moleste.

—¿Está en Secretaría? —inquirió el hombre.

—Sí, señor.

—Pues deséala en seguida.

El tono de seguridad con que hablaba el visitante pareció convencer al criado, que se dispuso a obedecerle. Denise, la secretaria de la señora, acudió a su encuentro para preguntarle quien era el caballero que acababa de entrar. El criado le contó lo sucedido, y le alargó la tarjeta que aquel le había dado. Denise hizo un gesto de asquencia.

—¡Ah, sí! Acompañalo a la mesa, por favor. Yo misma le entregaré la tarjeta a la señora.

El criado obedeció. Volvió sobre sus pasos y condujo al recién llegado hacia una mesa en la que cuatro invitados pertenecientes al sexo masculino estaban jugando al bacarrat. Entonces el hombre, dirigiéndose a éstos, se presentó a sí mismo:

—Endouros, de Salónica.

En seguida uno de los jugadores se levantó apresuradamente, y mostrándole la silla que acababa de abandonar, le dijo:

—Le cedo a usted mi sitio.

Otro de los jugadores preguntó:

—¿Ha llegado esta noche a Tánger, Endouros?

—Vine hace dos horas... a bordo del «Rouen».

—¿Y qué hay de nuevo por allí?

—Compré doscientas distribui-



doras si me son entregadas antes del día veinte...

—Cincuenta, si puedo darle...

—No, no, doscientas...

—Es que no tenemos tantas en «stock»...

—Diga a nuestra amiga Hernau que son para mí.

El jugador hizo un gesto dubitativo con la cabeza. Insistió en la negativa.

—Le repito que no hay tantas en «stock».

Endouros no pareció convenecerse.

—Deje que yo vaya a hablarla... —objetó.

—¿Esta noche? Imposible.

—Dígale entonces que las necesito. Y que los precios no me importan...

Este argumento pareció ejercer un gran poder de persuasión sobre el recalcitrante jugador, que repuso esta vez con un tono que equivalía a una aceptación:

—Si es así, tal vez...

Denise, la secretaria de la extraordinaria dueña de la casa, aquella «mujer de negocios» cuya belleza corría parejas con su talento y su inteligencia, se encaminó al despacho en el que aquella había ido a refugiarse huyendo del bullicio de la fiesta. La puerta estaba cerrada, y frente a ella, montando la guardia, había un hombre joven, flaco, de rostro enteco, pómulos salientes, cuyo aspecto habría resultado enteramente

vulgar a no ser por la viva expresión de sus ojos azules.

—¿Está sola la señorita? —inquirió Denise antes de decidirse a entrar.

—No, está con Morton —repuso el interrogado.

—¡Ah, pobre Sabin! ¡Ahora comprendo por qué tiene esa cara!

—Tengo la que siempre he tenido —repuso el atudido con malos modos.

El bello rostro de Denise adquirió una expresión burlona.

—¡Bah! ¡No trate de disimular! —repuso—. Ya sabemos lo muchísimo que le molesta que ella se meta en su despacho a hablar con un hombre...

Sabin se mordió los labios. Por unos momentos su rostro pareció todavía más enfuto. Miró a Denise con rabia mal contenida y...

—¡No es cierto! —rechazó—. La señorita es una mujer a quien no se le puede faltar al respeto, porque está muy alta...

Pero Denise no se convenció. Por lo visto conocía demasiado a Sabin para creer en la fidelidad de sus palabras.

—¿No comprende que es imposible disimular que está enamorado de ella? —reprochó.

—¿Está usted loco! Yo adoro a la señorita, es cierto, pero porque una vez me libró de presidio, y gracias a ella no estoy allí, en aquel infierno, cumpliendo con-

dona. ¡Son cosas que no se olvidan nunca! ¡Y por ella he sido y seré capaz de todo! ¡Hasta de sacrificarle mi vida! Pero en cuanto a lo otro... Ella podría tener cincuenta novios, podría incluso casarse, y a mí no me importaría nada...

Y al decir esto, su rostro pálido se había coloreado visiblemente.

No mentan ciertamente los que ponderaban la belleza de Edwige Hernau, porque ésta era de una hermosura peregrina. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinticinco? Tal vez treinta... ¿Quién sería capaz de adivinar la verdadera edad de una mujer hermosa! Era joven, sin embargo. Sus cabellos rubios hacían un seductor contraste con sus ojos grandes y oscuros. La ligera incorrección de la nariz quedaba ampliamente compensada con la perfecta forma de la boca, de labios un poco gruesos, que dejaban entrever sus blanquísimos dientes... Sentada ante su mesa despacho, firmando documentos y cartas, no olvidaba, no obstante, su feminidad, de la que era una prueba elocuente el magnífico vestido de noche, ampliamente descotado que lucía, las joyas deslumbradoras, el coquecén peinado... Todo revelaba en ella el gusto exquisito de una mujer a quien su extraordinaria profesión de «mujer de negocios» no ha podido arrebatarse su femenina coquetería...

Si el hombre que estaba sentado frente a ella no hubiera estado tan embebido en el asunto que le trala allí, y si aquel asunto no hubiera estado muy lejos de ser amoroso, probablemente no habría podido contener alguna frase admirativa. Pero Morton, que así se llamaba el visitante, había venido allí no precisamente para admirar la belleza de Edwige, que conocía de sobras, sino para despachar un «negocio» de capital interés.

—¿Está seguro de que la policía de Tanger no empieza a darsenfiar de mis recepciones? —le estaba preguntando en aquel momento la Hernau a su visitante.

—Segurísimo —repuso el interrogado—. La idea de invitar personas conocidas a sus fiestas es tan inteligente como todas las que usted tiene.

Edwige sonrió desdeñosamente.

—¡Basta! —dijo con sequedad manifiesta—. No le pido ni comentarios ni cumplidos. Le pido una respuesta concreta.

—Ya se la he dado. Pero, señorita, comprenda usted que no puedo dejar de felicitarla. Estas recepciones son menos peligrosas que si tuviera... un falso comercio o cualquier otro lugar en donde recibiera a su clientela.

—A propósito. Explíqueme una cosa. El cargamento de mandarinas de Bayochi todavía no ha sido abonado. ¿Qué significa esto?



—Señorita—repuso Morton sonriendo—. Usted sabe que las mandarinas producen menos que... que las «granadas».

—¡Muy gracioso! —aceptó Edwige—. De todos modos, meta usted prisa.

Llamaron discretamente a la puerta. Edwige ordenó:

—¡Entre!

Era Sabín, que venía a anunciar a la señora que acababa de llegar Di-Larco.

—Bien. ¡Oye! ¡No te vayas!...

Y señalando unas flores que había sobre la mesa despacho, artísticamente colocadas en un florero, preguntó:

—¿Quién ha puesto estas flores aquí?

—He sido yo, señorita, —repuso Sabín, enrojeciendo como un colegial.

—¡Ah! Pues, llévatelas; no me gustan estas cosas.

El infeliz enamorado obedeció sin rechistar. Se llevó las flores, tropezando en la puerta con Di-Larco, que entraba en el despacho. Morton se marchó también. El recién llegado y la extraordinaria mujer que era Edwige, quedaron solos. Un instante de vacilación, y en seguida ella preguntó:

—Entonces... ¿pasó el cargamento?

El rostro grosero y vulgar de Di-Larco expresó un vivísimo contento.

—Ha pasado tan tranquilamente... mientras que los marinos perdían dos horas visitando el «Sanabria». Fue una idea genial, se lo aseguro. ¡Pensar que han llegado en su amabilidad hasta a remolcar nuestro yate y todo!

—¡Ah, no! —interrumpió Edwige con presteza—. El yate de Enrico Estinos, no lo olvide usted nunca. El único agente nuestro que no es sospechoso.

—Puede que a esas horas la oficina «Veritas» trate de encontrarle para hacerlo hablar.

—Sería muy difícil. Y, dígame, ¿el desembarco de las armas ha estado bien?

—Una obra maestra. Si ahora no hubiera esas patrullas de contratorpederos que cada día que pasa son más numerosas, trabajar aquí sería un placer.

Los labios de Edwige hicieron un mohín desafiante. Ella sabía que no era ciertamente un placer trabajar en... «aquello», pero sabía también que Di-Larco se había enriquecido a costa de ello, y que nunca abandonaría aquel negocio.

—¿Ha pensado usted en cargarle el yate a los rifesños? —preguntó al fin.

—Sí, sí, desde luego. Quinientas mil, netas.

—Pues es regalado —repuso Edwige con un tono perfecto de «hombre de negocios».

—Sí, desde luego... Hay una

cosa, Edwige, que me inquieta.

—¿Qué?

—¿Está usted segura de no haber dejado a bordo ningún papel que la pueda comprometer?

—¿Cómo no habría de estarlo? Segurísima. Di las órdenes oportunas.

—Sí, sí, desde luego, a usted no se le escapa nunca nada. Sin embargo, usted sabe que el menor indicio puede provocar una catástrofe...

—¡Claro que lo sé! ¡Hace mucho tiempo que estoy jugando con este fuego y jamás me he quemado hasta ahora... —fue la respuesta de la Bernau, hecha con un tono tan altivo y desdeñoso que Di-Larco no se atrevió a insistir. Un momento después se despedía de ella.

Sabin había oído las últimas frases de la conversación, y su rostro se había ensombrecido. Edwige acababa de pedirle que reclamara una conferencia con Londres, y hubo de decirse los dos veces para que se apercibiera de que estaba hablando con él. Tanto era el asoramiento del fiel Sabin, que ella le preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Te has vuelto tonto? ¿Por qué no reclamas inmediatamente la conferencia al número de costumbre?

—Sí, sí, voy en seguida.

Pero no se iba. Permanecía allí, frente a ella, mirándola con unos ojos en los que, a través del azo-

ramiento, se leía la admiración. Al fin, se decidió a decirle:

—Tengo que hablarla. He oído todo lo que ha dicho el señor Di-Larco del yate y...

—¿Y qué?

—Ha dicho que si se encontrara un indicio a bordo sería terrible para usted...

—Ea cierto.

—Este indicio existe...

—¿Qué dices?

—Ahora recuerdo que dejé allí olvidado un... indicio, sí, una foto de usted que yo le había robado.

Los negriscos ojos de Edwige relampaguearon de ira. Fue un instante tan sólo, en seguida recobró el aplomo, aquel admirable aplomo que la había hecho triunfar siempre en los momentos más difíciles de su vida aventurera y...

—¡Eres muy inteligente! —comentó con ironía.

Sabin bajó la cabeza avergonzado. Si en aquel momento Edwige hubiera pedido la vida para rescatar su falta, la habría dado sin vacilar. Pero la Bernau se contentaba con muchísimo menos. Con que le ayudase a salir de aquel trance en el que su estúpidez le había metido.

—No hay tiempo que perder. Dentro de una hora saldremos para Casablanca.

—¿Cree usted, señorita, que podrá arreglarse? —inquirió tímidamente el infeliz acercándose a



su dueña y mirándola con aquella expresión de perro fiel que Edwige conocía tan bien.

—Así lo espero, porque de lo contrario puede que Di-Larco acertara una vez en la vida. Tú espérame en el coche y tenlo todo preparado. Yo voy ahora a saludar a mis invitados. Que no se diga que no estoy nunca con ellos.

Lo fue hacia la puerta. Los ojos de Sabín la siguieron en contemplación admirativa. La suntuosidad de su vestido de noche acentuaba la belleza de su cuerpo. Se detuvo allí para volverse hacia él y decirle:

—Escucha, Sabín. Haz el favor de devolverme todas las fotos que me robaste. Así aprenderás a no ser tonto y dejar olvidados objetos comprometedores.

St. Edwige Hernau era la cabeza visible de aquella vastísima organización con ramificaciones en todo Marruecos, que se dedicaba a la poco noble tarea de proveer de armas a los rifeños para que éstos pusieran seguir haciendo la guerra a los que pretendían llevarles el tesoro de su civilización. Era ella, aquella mujer, aparentemente femenina, la que, con una frialdad que admiraba a sus mismos cómplices, dirigía todo el tinglado del tráfico de armas, en el que estaban comprometidos aventureros y malhechores de todos los países. La banda estaba magníficamente or-

ganizada, tan magníficamente, que hasta aquel momento había podido burlar la vigilancia de la policía e iba camino de burlar la de aquel puñado de abogados hombres de mar que habían sido destacados por el Gobierno para perseguir el innoble tráfico en las costas marroquíes. Los tortuosos caminos que habían llevado a Edwige a ejercer aquella profesión, sólo ella habría podido revelarlos, pero los labios de la Hernau permanecían herméticos, siempre que alguien se atrevía a hacer alguna pregunta inoportuna. Tal vez hubiera conocido la miseria, con su espantosa escuela de horrores, hambre, suciedad, desprecio de las gentes... Tal vez no había querido pagar el precio que algún hombre le exigiera a cambio de la riqueza y había preferido buscarla por otro camino. De lo que no podía dudarse era de que su ambición extraordinaria había triunfado de sus escrúpulos y el «negocio» a que se había dedicado le resultaba cien veces más productivo que cualquier otro.

Por una rareza que casi resultaba incomprensible en una mujer así, Edwige llevaba una vida irreprochable para los que desconocían los turbios manejos del tráfico de armas a que se había dedicado. No se le conocía ningún amante, y las lenguas viperinas no podían engañarse con ella,



porque jamás les dió para ello el menor motivo. Para todo el mundo era la inteligente y bellísima Edwige Herman, soltera, codiciada por los hombres, envidiada por las mujeres, negociante sin par, activa, trabajadora, con un temple masculino y una fortuna colosal, ganada «honradamente» a pulso...

### El encuentro

—Este asunto va dejando ya de ser un misterio. El día 11 por la mañana, ocho mil fusiles y cuarenta mil ametralladoras han sido entregadas a los rifeños...

Hablaba el coronel Durand. Frente a él se hallaba Fremiet, acompañado de Vezelle, el comisario.

—Y el día 11, por la tarde, fué cuando encontramos el yate abandonado —explicó Fremiet.

Sólo tendremos una pista cierta cuando vengán a reclamar el «Sanabria».

—Pero, ¿cree usted que ellos van a reclamar el «Sanabria»? Yo estoy seguro de que no lo reclamarán.

—Siento decirle que no pienso así, mi coronel —objetó Vezelle.

—Y ahora, dígame. ¿Qué han conseguido con sus pesquisas desde que el yate está en Casablanca? —inquirió Fremiet.

—Nada... por el momento. ¿Y usted?

—Yo tampoco, desgraciadamente. Sólo esa «foto» en la cabina de un oficial, que no sé si podrá darnos alguna luz... Naturalmente, si lográramos encontrar a la mujer de la fotografía... Creo que sería un hallazgo de interés capital...

Aquella noche el lujoso bar de Casablanca en el que acostumbraban a reunirse los oficiales de los buques de guerra anclados en el puerto, estaba más lleno que de costumbre. En un rincón del mismo, sorbiendo unos exquisitos «cocktails», tres o cuatro marinos jóvenes todos, se agrupaban en torno a una mujer de gran belleza. Aquella mujer era Edwige, que se había trasladado de Tánger a Casablanca «para asuntos de negocios».

Hablaban del «Sanabria», y Edwige confesaba paladinamente que encontraba aquello «apasionante».

—Confieso que me gustaría conocer al oficial que ha descubierto este yate misterioso.

—Es el comandante de corbeta Fremiet. Creo que va a venir. Prometo presentárselo a condición de que no se olvide usted de nosotros...

Edwige vió acercarse a un hombre de mediana edad, de aspecto

sumamente distinguido, rubio, de ojos azules. Llevaba barba, y aquel detalle hacía que su rostro se diferenciase de los demás rostros rasados que la rodeaban. Llevaba con suprema distinción el uniforme de marino de guerra. Era Fremiet, que avanzaba hacia ella, sonriendo a los oficiales, sus amigos. Un instante después quedaban hechas las presentaciones, y Fremiet, a fuer de galante, se inclinaba ante la dama, rozando con sus labios la mano que ésta le tendía.

—Tenía muchísimo interés en saludarle —dijo ella con aquel tono de voz que resultaba adorable... cuando no hablaba de negocios—. Espero que me contará la historia completa del yate, ¿no es verdad?

La respuesta del marino fue algo desalentadora para la curiosidad de aquella encantadora hija de Eva.

—Siento no poder complacerla, señora... o señorita...

—Señorita... Pero, ¿por qué?

—Porque en realidad no tiene interés alguno. Y, por otra parte, ya ha podido usted ver que mis amigos y compañeros se burlan de ello...

Y señalaba con el gesto a los jóvenes oficiales, que, efectivamente, se estaban riendo. Uno de ellos intervino para proponer a sus camaradas una partida de póker. Todos aceptaron la sugerencia

de su amigo y decidieron retirarse discretamente. Edwige y Fremiet quedaron solos...

Y en'onces, a través del humo del cigarrillo que había encendido en aquel momento, Fremiet volvió a ver el rostro de la fotografía encontrada en el camarote del «Sanabria». Sólo que aquel rostro pertenecía a una mujer de carne y hueso, que estaba a su lado y que le decía en aquel instante:

—Son encantadores sus amigos ¿no es cierto?

—Sí, encantadores...

No cabía la menor duda. Era la misma. El rostro seductor que tenía ante sus ojos era el del retrato, o, por lo menos, se le parecía extraordinariamente, tan extraordinariamente, que Fremiet empezaba a tener la evidencia de que la mujer que sus amigos acababan de presentarle y la «otra», la que forzosamente debía saber algo —o mucho— de lo ocurrido en el «Sanabria», eran la misma persona. El hallazgo era tan inesperado que Fremiet perdió la serenidad unos instantes para recordar sus inmediatamente, y repetir con entonación galante:

—Sí, son encantadores... porque me han dejado solo con usted.

—A lo mejor le están jugando una mala partida...

—¡Oh, no, nada de eso! He de confesarle que el momento de descubrir una mujer tan maravi-

Hoy como usted es siempre impresionable. Por esto he de pedirle que perdone mi turbación de hace unos instantes. La estaba mirando... y admirando. Por eso debo agradecer la gentileza de mis amigos que me han deparado estos momentos.

Uno de los oficiales se acercaba de nuevo a la pareja. Era para advertir a Fremiet que la señora Verdier, para saludar a la cual éste había ido precisamente al bar, le esperaba para hablarle. El marino hizo un gesto desolado:

—En ese caso no queda más remedio que ir.

—Nos volveremos a ver... —insinuó Edwige con una sonrisa adorable.

—Desde luego. Vuelvo en seguida, señorita.

Y se fué, pero no para ir al encuentro de la señora Verdier, aquel instante, sino para entrar en una cabina telefónica y ponerse al habla con Vezelle:

—¡Hola! Necesito hablar con el comisario de policía Vezelle, de parte del capitán de corbeta Fremiet. Sí, es de gran importancia.

Estuvieron hablando durante cinco minutos. El comisario propuso algo a Fremiet que debió parecerle de difícil realización, aunque aceptó inmediatamente.

—Voy a hacer lo que me indica, aunque no me parece demasiado cómodo. En fin, lo haré... Entendido... Hasta luego...

Un instante después se hallaba de nuevo junto a Edwige. El oficial que acompañaba a la joven volvió a retirarse discretamente.

De nuevo quedaron solos, frente a frente, la seductora mujer y el galante marino... y de nuevo Edwige volvió a tocar el tema que tanto parecía interesarle:

—¿Viene usted decidido a satisfacer mi curiosidad?

—Sí —repuso Fremiet sonriendo—. Y quizás algo más... Una mujer como usted se lo merece todo...

—¿Qué es lo que puede merecer una mujer como yo?

—Voy a hacerle una proposición. ¿Quiere visitar ahora este yate que han abandonado y que tanto parece interesarle?

—¡Oh, desde luego, pero...!

—Pero... ¿Es que no se decide?

—¿Ahora mismo?

—Sí; ¿no le parece bien? Debo ir inmediatamente allí, en servicio. ¿Me quiere usted acompañar?

Edwige pareció indolisa:

—Es que... es terriblemente tarde y ya debía estar en el hotel hace una hora, visitándome para la cena...

—Entonces... ¿no se decide?

—No se qué hacer...

—¡Esto no está bien! Primero se muestra usted interesada en que le cuente la historia de este yate y cuando le ofrezco una visita al mismo, duda usted, vacila... Me hará creer entonces que



el «Sanabria» tiene para usted recuerdos desagradables...

Los ojos de la adorable mujer que tenía a su lado expresaron un asombro ingenuo.

—¡Cómo! ¡Recuerdos desagradables! ¡Oh, no! ¡No comprendo!

—Me explicaré. Usted sabe que los yates cambian a menudo de propietario... Y bien pudo haber realizado usted en él algún crucero poco afortunado, o que, precisamente por ser todo lo contrario, su recuerdo le resultara ahora doloroso... ¡Qué se yo!

Esta vez la mirada de asombro de Edwige desapareció de sus ojos. Fue con una carcajada fresca y espontánea que acogió la sugerencia del marino.

—¡Oh, no! ¡Cuanta fantasía! Puedo asegurarle, señor Fremiet, que no he puesto jamás los pies en este yate. Es más, hasta ahora no había oído hablar de él.

—Entonces ha llegado el momento de visitarlo. Así no podrá decir lo mismo mañana...

—¡Vamos allá! —repuso la joven cediendo amablemente—. Está visto que mis invitados tendrán que esperar un poco...

Salieron del bar, subieron al coche de Fremiet que les estaba esperando y, cinco minutos después, subían a bordo del «Sanabria». Al entrar en la primera dependencia del yate, Edwige advirtió a su acompañante:

—Lo prevengo anticipadamente

que las máquinas de un barco no me han interesado nunca.

Tenía tal vez que el marino, en su afán de servir de «cicerone», le hiciera bajar a las profundidades del yate para contemplar el complicado engranaje de la maquinaria, sin pensar en que podría manchar de grasa el magnífico traje de tarde que lucía, y que había sido confeccionado expresamente para ella por una primera firma parisienne. Fremiet la tranquilizó:

—No, no tema. Le enseñaré nada más que los salones. Y perdóneme, pero estos señores tienen la obligación de acompañarnos...

Y le mostraba un par de hombres que acababan de aparecer en la puerta del salón del yate...

El tono un poco duro con que Fremiet había pronunciado aquellas palabras, contrastando notablemente con el adoptado para hablarla hasta aquel momento, la presencia de los dos intrusos, el brillo de los ojos del marino, fueron más que suficientes para prevenir a Edwige de que algo anormal estaba sucediendo. Pero era desconocer a aquella mujer suponer por un momento que iba a perder la serenidad. Fue con un tono entre burlón y divertido que contestó la insinuación de Fremiet:

—Estos señores son de la policía, ¿no es así?

—Supongo que sí...

—¡Oh! ¡No deja de ser divertido! ¡Experimento la impresión de estar vigilada... o detenida...!

Premiet creyó prudente dejar sin respuesta el comentario de la joven.

—Venga —le dijo, cogiéndola discretamente por el brazo—. Voy a enseñarle ahora el comedor. Por aquí...

Entraron. Edwige hizo un gesto de desagrado después de haber recorrido la estancia con una mirada:

—No quisiera ofender a nadie, pero lo encuentro bastante vulgar, casi me atrevería a decir de un gusto deplorable...

—¡Oh! En cambio, no me irá usted a decir que no le gusta este saloncito...

—Pues no, no me gusta absolutamente. Los dueños del «Sana-bria» no deben ser precisamente unos artistas...

—No me negará usted, por lo menos, que la atmósfera de este barco resulta algo extraña...

—No, en absoluto, no. Si lo hubiese encontrado, como ustedes, en alta mar, y completamente desierto, no le diré que no me hubiera producido efecto, pero ahora... Confieso que me siento decepcionada...

La mano de Premiet volvió a posarse en su brazo para seguir guiándola a través de las diversas dependencias del yate.

—Va usted a ver ahora las ca-

binas de los oficiales: Están decoradas con mucha originalidad...

Anteramente la estaba conduciendo a la cabina de la fotografía. Los dos hombres de la policía se habían acercado a la pareja sin que, al parecer, Edwige hubiera reparado en aquel detalle...

Entraron en el camarote. Los ojos de Premiet buscaron ansiosamente el retrato. Sí, allí estaba, en el mismo lugar que lo viera dos días antes. Sólo que... ¡que la mujer de la fotografía y Edwige Hernan no eran una misma persona, como había creído equivocadamente él al verla por primera vez en el bar! Eran, eso sí, muy parecidas, rubias las dos, de grandes ojos negros, pero... pero eran al mismo tiempo distintas. El rostro de la mujer de la fotografía era alargado, mientras que el de Edwige era más bien redondo... Los ojos de la primera tenían una expresión distinta... La boca, en cambio, era parecidísima... ¡No, no, decididamente Premiet había incurrido en un error. La semejanza, realmente evidente, aunque no extraordinaria, como él había creído en un principio, le había engañado. Había obrado con demasiada precipitación, dejándose arrastrar por una impresión falsa... No pudo abstenerse de exclamar en voz alta, mirando alternativamente la foto de la mujer del camarote y la cara del pretendido original:



—¡Parece increíble!...

—¿El qué? —inquirió Edwige ingenuamente, abriendo mucho los ojos para contemplar el rostro turbado de su compañero. Este, en lugar de contestar su pregunta, se tranquilizó a sí mismo, diciendo también en voz alta:

—Después de todo, lo prefiero así.

—¿Que es lo que usted prefiere?

La mano de Fremiet volvió a oprimir su brazo, pero esta vez de modo distinto:

—Perdone usted que no conteste sus preguntas. Sea usted un poco indulgente y...

—Perdonado desde luego, comandante; pero su actitud y sus palabras me están resultando un enigma. Creo que tengo derecho a una explicación.

—Se la daré con mucho gusto con la condición de que acepte usted cenar conmigo esta noche...

La risa usomó a los labios de aquella seductora mujer, a la que sin embargo él habría hecho detener sin escrúpulo alguno si sus sospechas no hubieran resultado falsas. Fue con un dulce acento de amable reconvencción que repuso a la invitación del marino:

—Si eso es necesario para conocer los motivos del enigma, claro que acepto...

asuntos. El primero le preguntaba al segundo:

—Dime una cosa... Ha debido costarte trabajo cambiar el retrato sin que la policía se apercibiera...

Sabín denegó con la cabeza:

—No. Me ha bastado coger un bote de pesca, dar luego un paseo alrededor del «Senabrin» y el golpe estaba dado...

Mentía. La empresa había sido difícil... difícil y arriesgada. Pero ¿qué no habría sido él capaz de hacer por Edwige? Si estaba dispuesto a sacrificar por ella la vida, ¿qué importaba la pérdida de su libertad, la cárcel, el presidio mismo, en el caso de que hubiera sido descubierto? Ella podía estar segura de una cosa. De que jamás ¡jamás! él habría dicho ni una sola palabra susceptible de comprometerla, si los hombres de la ley le hubieran dado caza...

—Y la «foto» que habéis puesto allí ¿se parece a ella?

—Sí... y no. Las facciones son casi idénticas pero la expresión totalmente distinta. Pero de todos modos, sirve para llamarse a engaño. Si usted supiera el trabajo que me ha costado encontrar este retrato...

—Sólo ella es capaz de ideas como ésta...

—¡Ma verdad! —aceptó Sabín con entusiasmo.

—Pero no debe confiarse demasiado. Terminará por hacerse

En otro lugar de la ciudad, Di-Larco y Sabín hablaban de sus

prender con sus imprudencias...

Sabin rechazó indignado la suposición de su compinche:

—¡Cállese usted! ¡No debemos pensar jamás en eso!

## La explicación

Los invitados de Edwige esperarían aquella noche en vano la llegada de su anfitriona. Esta había decidido renunciar al placer de su compañía para aceptar la cena ofrecida por el comandante Fremiet en un restaurante pequeño y acogedor, propicio para un «tête à tête» interesante...

—Ei, usted adorable —decían los labios de Fremiet por centésima vez desde que se habían sentado frente a frente en aquella mesita apartada.

Edwige sonrió al cumplido. Estaba acostumbrada a que los hombres le rindieran pleitesía, pero ciertamente no debía ser tarea fácil hacer decir galanterías a aquel marino de mirada penetrante. Para corresponder a su amabilidad sonrió con benevolencia:

—Creo que voy olvidando mi posible arresto... Si he de serle franca, le diré que... siento hasta capaz de poder perdonarlo...

—Es usted adorable —pronunciaron de nuevo los labios del comandante.

—Lo que no olvidaré jamás ni

todavía puedo comprender, es su extraña actitud. Esas amabilidades y esas galanterías dirigidas a una mujer a quien podría haber enviado a presidio...

—Si mis sospechas hubieran resultado ciertas, pero como afortunadamente ha sido todo lo contrario... Ahora que todo ha pasado no me importa confesarle la verdad. A pesar de ser usted tan extraordinaria, tan sugestiva, tan... adorable, nada me hubiera impedido cumplir con mi deber...

—Y ahora...

—Ahora estoy loco de alegría por haberme equivocado. Y muy contento de haberla conocido. Si no fuera demasiado ambicioso pretender verla a menudo...

La respuesta de Edwige fue una seductora promesa:

—No hay nadie entre mis amistades que pueda impedirlo. ¿No es eso lo que quería usted saber?

—Sí, tenía interés en saberlo... Entonces... ¿no hay ningún hombre en su vida? ¡Es maravilloso... e increíble!

—¿Por qué increíble?

—Porque es usted tan bella, tan seductora...

Edwige se encogió de hombros:

—No soy más que una mujer... de negocios. Y a propósito de usted. No está solo, comandante.

—¡Pues claro que lo estoy! Soltero, mejor dicho, solterón...

—No me refiero a esto solamente. Su profesión representa mu-

cho en su vida. Esta visita al yate me ha ilustrado mucho acerca de esto...

—¡Ah! Si pasara usted vigilando horas y horas las costas rifeñas... Si supiera el peligro incesante que representa el tráfico de armas que continuamente se hace... usted comprendería... y desde luego, perdonaría mi actitud...

—Me da miedo pensar en lo que habría sucedido si hubiera sido yo esta... esta aventurera...

—¡Ah! Si mis sospechas hubieran resultado ciertas, si usted hubiera tenido algo que ver con los traficantes de armas...

—¿Qué hubiera sucedido entonces?

Hubo una corta pausa. Los ojos de Edwige Hernau se habían abrigado, y resultaban mucho más seductores todavía. La mirada azul de Fremiet encontró el brillo de aquellas pupilas y sintió un repentino deseo de anegarse en ellas, de contemplarlas de más cerca, tal vez de cerrarlas con un beso...

Y fue precisamente con la alegría que le proporcionaba su evidencia de haberse equivocado que satisfizo la curiosa pregunta de su amiga:

—¡Ah! No me hubiera privado de la satisfacción de extrangularla yo mismo, con estas manos...

Y al mismo tiempo que decía

esto cogía entre las suyas una de aquellas manos tan adorables y tan blancas, que descansaba confiadamente sobre la mesa. Edwige se estremeció a aquel contacto, pero no hizo ningún esfuerzo para rehuirlo.

Fueron pasando las horas. Fremiet y su invitada terminaron de cenar, pero siguieron en aquel comedor del restaurante, hablando, hablando, hablando... olvidados de todo... ¿De todo? ¿Acaso Edwige Hernau había perdido repentinamente la memoria y no se acordaba de que aquel hombre galante que tenía ante ella era su peor enemigo? ¿Acaso había olvidado su «negocio» y que se debía a él en cuerpo y alma? ¿Quién habría sido capaz de adivinarlo? El alma de aquella mujer permanecía cerrada a todo intento de penetración extraña. Miraba a Fremiet, lo miraba largamente, con aquellos ojos que tenían la virtud de rendir las voluntades de todos los hombres, y, a pesar de la expresión admirativa que leía en las pupilas de él, a pesar de la presión de sus manos, a pesar de sus palabras galantes, qué a cada momento adquirían un tono más profundo y sincero, sería, en efecto, capaz de extrangularla.

Y mientras sonreía a sus galanterías, le pareció sentir la presión de aquellos dedos largos y huesudos del comandante, alrededor de



su garganta de alabastro.

Mientras tanto Di-Larco y Sabin empujaban a impacientarse. El primero, siempre pesimista, se empeñaba en suponer que la Hernau había dado un paso en falso y estaba pagando las consecuencias.

—A estas horas, ¿dónde quieres que vaya a buscarla sino a la Comisaría? Estoy seguro de que ha fracasado el truco de la fotografía. Se ha arriesgado demasiado, eso es todo.

—No exagere usted, Di-Larco... —suplicaba Sabin, más muerto que vivo.

—Tú dices que salió del Nástico, que la viste subir en el automóvil de Fremiet.

—Sí, y éste ordenó a su mecánico que la condujera en seguida al muelle Rosseti, donde está amarrado el «Sanabria».

—Y tú por qué no la sigues?

—Porque me prohibió terminantemente hacerlo si la veía acompañada de un oficial de marina.

—Tu obediencia... pasiva es desesperante...

En aquel momento llegaba Edwige. Sorprendió a los dos amigos en el vestíbulo del hotel, esperándola. Pudo captar unas palabras de Sabin, que decían mucho en favor de su lealtad:

—No podemos negar que siempre nos ha salido bien obedecer a la señorita.

Di-Larco no parecía compartir su opinión. Como que no había reparado todavía en la presencia de Edwige, no tuvo reparo en exponer su criterio:

—No, ha salido bien... hasta esta noche. Y lo que me extraña es que no hayan venido a hacer ningún registro. Pero todavía puede suceder. Estoy pensando que lo mejor será largarnos...

—No, yo no me voy. Si ella tardase ocho días en llegar aquí, ocho días le aguardaría yo.

Los dos hombres oyeron entonces una voz femenina que decía a su espalda: —Tu confianza en mí me emociona mucho, Sabin...

Se volvieron rápidamente:

—¡Edwige! —exclamó Di-Larco— ¿Hace mucho que ha llegado?

—Unos segundos tan sólo, pero me han bastado para juzgarle, mi querido amigo —fue la trónica respuesta de la mujer.

Di-Larco se levantó, acercándose a la Hernau. Esta continuó:

—Sí, mientras sea poderosa y esté libre, estoy segura... Pero no tengo miedo, que nadie podrá destruir mi querida libertad, y menos que nadie el capitán de corbeta Fremiet... con quien acabo de cenar.

—Entonces, señorita, ¿todo salió bien? —inquirió Sabin, con expresión alegre.

—Sí, sí, mejor de lo que esperaba.

Di-Larco insinuó:

—Pues si es verdad que está bien con Fremiet, podría serme muy útil.

—Imaginase usted, Di-Larco, que eso precisamente es lo que había pensado yo...

Se inclinó burlonamente.

—Buenas noches... mi querido amigo.

### El complot

Sentado a la usanza oriental, el rostro impenetrable, la barba negrísima y puntiaguda, los ojos como dos brasas ardiendo en su rostro atezado, Mouley hablaba con Di-Larco, que había ido a visitarle a su palacio:

—Los espías, para nosotros, son los más peligrosos, señor Di-Larco.

—Te suplico. No me llames nunca por mi nombre —repuso el aludido con presteza.

Una sonrisa sinuosa apareció en los labios del oriental:

—Aquí no tiene nada que temer, señor Di-Larco. Si acaso en el Rif, que es donde los espías comunican a los franceses nuestros planes, algunos días antes de que se produzcan los acontecimientos.

—Lo que podáis hacer con las armas no me importa nada —continuó diciendo Di-Larco.

—Esta vez puede que te importe, señor Di-Larco, —objetó el marroquí.

—¿Qué quieres decir con eso, Mouley?

—Quiero decir... que no recibirás el dinero si no recibimos nosotros las armas la mañana misma del ataque...

—Comprendo. Para que los espías no tengan tiempo de hablar.

—Veo que me comprendes bien, señor Di-Larco...

Hizo una corta pausa. Sus ojos negros y brillantes se clavaron en el rostro vulgar y antipático de aquel traficante de armas al que, en el fondo de su alma, despreciaba con todo su orgullo musulmán. Luego continuó:

—Y comprendes también que si nuestras armas llegan un solo día antes, fíjate bien, ¡uno solo!, no cobrarás ni un céntimo...

Di-Larco asintió. Luego, acercándose al marroquí, le dijo en voz baja:

—Dime, Mouley, ¿no podrías adelantarme algún dinero a cuenta?

—No puedo darte ni un céntimo —repuso el marroquí fríamente.

—¡Ni un céntimo!, ¡ni un céntimo! —exclamó Di-Larco, remediado a su cliente—. Es todo lo que sabe, decir esta mañana...

—Tú danos la mercancía el día y la hora que yo te indicaré y los veinte millones se te entregarán en Tánger...

—¿En Tánger? ¿Y por qué no en Esla-Ded?

—Porque... porque es en Tàngar donde la suma te será entregada al la mercancía llega el día mismo del combate. No me preguntes más, señor Di-Larco, porque no he de contestarte.

—Me repites siempre la misma cosa. Si la mercancía llega el día del combate... ¿Es que no tienes nada más que decirme?

—No, señor Di-Larco. Te lo repito una vez más... para que tú se lo digas a tus jefes...

Mientras Di-Larco se entendía con el marroquí, la mujer que dirigía todo aquel tráfico de armas que tan productivo resultaba por los que en él intervenían, estrechaba más y más los lazos de amistad que la unían a Fremiet, ¿Obedecía a un impulso natural o lo hacía con un fin premeditado? Sólo ella habría podido decirlo. El caso era que se dejaba cortejar, invitar, asediar por aquel hombre al que no se le conocían amores fáciles y cuya honradez y seriedad eran bien conocidas de todos.

Estaban acabando de almorzar. Elwige había quedado un poco abstraída, y su compañero de mesa le preguntó después de observar un momento en admirativo silencio:

—¿En qué piensa usted?

—Estaba haciendo un pequeño cálculo mental.

—¿Un cálculo mental?

—Sí. Llevamos nueve días seguidos almorzando juntos.

—¿Y qué? ¿Lo siente acaso?

—¡Oh, no, sentirlo no! Pero sí me inquieta y me preocupa que sólo hace nueve días que nos conocemos.

—¡Oh, qué detestable mujer de negocios es usted! —exclamó Fremiet riendo y cogiendo una de sus manos, que retuvo cariñosamente entre las suyas—. ¡Olvide un momento su contabilidad y hágase el efecto de que nos conocemos de toda la vida!

Ella hizo levantarse y la llevó junto a la ventana. Casablanca se extendía a sus pies, tiende y magnífica, bajo el sol africano. Fremiet murmuró con voz emocionada:

—¡Casablanca! ¿No sabe que es el más bello acierto de Francia?

—Con qué emoción dice usted estas palabras... ¡De Francia!

—¿Le parece ridículo? Pues aunque parezca pasado de moda... yo amo a mi Patria, la amo entrañablemente. Adoro a mi país y me siento orgulloso de poder servirle.

—Sí, sí, ya comprendo...

Hizo una pausa, luego terminó:

—Como comprendo que sólo hay para él sitio en su corazón...

Fremiet no la dejó terminar:

—Está usted equivocada —replicó rápidamente.

—Tanto mejor para la persona



que comparte ese amor en su corazón.

De nuevo la voz grave de Fremiet adquirió un tono emocionado, al decir:

—Lo comparto hace tiempo una mujer...

—¿Hace tiempo...?

—Sí. Ella murió. Desde entonces he vivido bastante solo. He vivido para otras cosas que no creo carezcan de grandeza. Mi carrera, mi Patria, la palabra «servir»... Esta palabra tiene para mí un sentido inmenso, sublime, casi me atrevería a decir religioso...

Hubo unos instantes de silencio. Los ojos de Fremiet buscaron ansiosamente los de Edwige, pero ésta mantenía baja la mirada, como si quisiera rehuir la muda interrogación que se leía en las pupilas de aquel hombre. Al fin ella dijo con voz solemne:

—Es verdaderamente emocionante esto que acaba de decirme.

Fremiet sonrió:

—¡Oh, le ruego no se burle usted de mí! Hoy día, en que los hombres se toman la vida a broma, debo parecerle un poco, ¿cómo diría yo? Un poco anticuado...

—¡No, no! —rechazó ella con acento sincero—. Le aseguro que no me burlo de usted. Su carácter me encanta. He podido ver en usted una serie de cualidades que rara vez suelen darse juntas en

un hombre. Lealtad, nobleza, seriedad, bravura...

Fremiet se acercó más a su compañera. Por un instante pareció que iba a sucumbir a la tentación de cogerla entre sus brazos y premiar aquellos elogios con un beso, pero supo contenerse a tiempo. Le dijo, pero, con un acento de ternura más elocuente que todas las palabras de amor que pugnaban por salir de sus labios:

—También usted, Edwige, es muy leal y muy buena, y...

Pero ella, en lugar de mostrarse complacida y dejar terminar aquel rosario de alabanzas, le atajó con un gesto brusco, y, señalando con el dedo la figura de un hombre que avanzaba por el jardín, exclamó:

—¡Por allí viene el comandante Lortier!

### Un corazón de mujer

Sabin y Denise se hallaban en el cuarto de trabajo que habían habilitado en el departamento alquilado por Edwige en el hotel de Tánger. Sabin le preguntó a la joven:

—¿El mensaje de Eric, lo has descifrado ya?

—Se lo he dado a la señorita.

—¿Y qué ha dicho?

—Pues nada...

—Debes tener un duplicado.

Dámelo y lo descifraré yo mismo. Así ganamos tiempo.

Denise le entregó el mensaje. Sabin se dispuso a descifrarlo, pero antes comenzó con un tono de amargo reproche:

—Yo no sé lo que va a pasar aquí. Las cartas sin responder se acumulan sobre la mesa. Amsterdam ha telefonado ayer tres veces. La señorita parece haber perdido todo deseo de trabajar. Se diría que...

La presencia de Edwige interrumpió su soliloquio. Sabin permaneció unos instantes en silencio, contemplándola extasiado. Estaba más hermosa que nunca, aunque los traxos fatigados de su rostro y los ojos hundidos revelaban una noche de insomnio. Fue con un nerviosismo extraño en ella, siempre tan serena y ecuaníme, que preguntó a Denise:

—¿No me ha llamado nadie por teléfono?

—No, señorita.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura. Y ya he prevenido a la telefonista para que pase la comunicación a sus habitaciones.

Edwige agradeció la diligencia de su secretaria con una sonrisa triste:

—Está bien, Denise, muchas gracias...

Y como la joven quisiera aprovecharse de su presencia allí para hacerle firmar una carta, Edwige

la rechazó con un gesto:

—¡Oh, no, no! No estoy por leer nada ahora. Ya veré luego todo esto.

Se dejó oír el timbre del teléfono en la habitación contigua. Era, sin duda alguna, la llamada que con tanta ansia estaba esperando Edwige. Sin embargo, por una contradicción extraña, se negó a acudir:

—Ve tú, Denise. Responde por mí. Di lo que te parezca, que no estoy en Casablanca, que me he ido fuera unos días...

La secretaria pareció vacilar. Miró a su señorita con sus grandes ojos de mora, negros y brillantes y...

—¿También si es el comandante? —preguntó tímidamente.

—¡Claro que sí! —fue la respuesta de Edwige.

Y volviéndose furiosa contra Sabin, le increpó:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué es lo que pasa y por qué me miras de ese modo?

—¡Señorita! —repuso éste turbado—. Si no la estaba mirando...

Un momento después, Denise estaba de vuelta:

—¿Quién era?

—El comandante Fremet, señorita...

—¿Qué le has dicho? ¿Qué es lo que le has dicho? ¡Hable!

—Que se había ido usted fuera por unos días... —explicó Denise, un tanto asustada al ver la agi-

tación de Edwige, siempre tan ponderada y equánime.

La Hernán se pasó la mano por la frente. Cerró los ojos, tal vez para ver mejor lo que estaba sucediendo en su alma, y...

—Sí, sí, es verdad... No se lo que me digo. Perdóname...

Denise se le acercó solícita. La fidelidad de la joven hacia Edwige era sólo comparable a la del mismo Sabin. Le debía muchos favores. Edwige la pagaba espléndidamente, tenía para ella todas las consideraciones y todos los halagos (imaginables). ¿Qué más habría podido desear aquella morita culta e instruida? Adoraba a su ama, y cerraba los ojos a todo lo demás.

—¿Le ocurre algo, señorita? —inquirió.

—No, nada, absolutamente nada. Estoy perfectamente, mi querida Denise, sólo que quisiera que me dejaran tranquila y no me molestaran bajo ningún pretexto...

—Perfectamente, señorita, así se hará.

Edwige se retiró. Denise volvió a su mesa de trabajo, pero antes de reanudar la carta que había dejado interrumpida para atender a la llamada telefónica, comentó, dirigiéndose a Sabin:

—¿Qué le ocurre a la señorita? Nunca la he visto así.

El rostro de Sabin había empalidecido. Fue con un tono de amargo despecho que contestó la

pregunta de su compañera:

—No disimule. No querrá usted hacernos creer que no sabe lo que tiene. Lo sabe tan bien como yo...

Destizada la conversación por el terreno de las confidencias, Denise no tuvo reparo en confesar:

—Sí, verdaderamente... Tengo la impresión de que está locamente enamorada.

Sabin había vuelto a recobrar el aplomo perdido ante la presencia de Edwige. Repuso fríamente:

—¡Buena! Pero guarde para usted sus impresiones... Además, a nadie le importa la vida privada de la señorita...

—¡Claro está que no me importa! Pero tengo miedo de que esto le traiga complicaciones.

—¿Complicaciones? Aquí estamos nosotros precisamente para evitárselas. Esto en el supuesto de que alguien se atreviera a hacer daño a mi patroncita, en cuyo caso tendrían que habérselas conmigo.

Llegó en aquel momento Di-Larco. Saludó alegremente a ambos y preguntó por Edwige. Fiel a la palabra empeñada, Denise intentó convencerla de que se volviera por el mismo camino. Pero Di-Larco no estaba dispuesto a complacerla. Tanto insistió en ver a Edwige, que Sabin hubo de intervenir para apoyar las palabras de la secretaria:



—Ha dicho que bajo ningún pretexto...

Por toda respuesta, Di-Larco cruzó la habitación rápidamente y antes de que Sabín y Denier hubieran podido impedirlo, franqueó la puerta que separaba el despacho de las habitaciones particulares de la Hernán. Esta, al verle, hizo un gesto de desagrado:

—¿Cómo se atreve? ¿No le han dicho fuera que no estoy para nada?

—Sí, mi querida Edwige. Sus empleados han cumplido fielmente su encargo, sólo que yo tenía muchos deseos de verla y me ha permitido quebrantar la consigna... No creo que la prohibición recoja también para mí.

—¿Y por qué no? —inquirió la Hernán, mordiendo los labios.

—¿Es que ya no se puede entrar, ni verla, ni hablarla? Por lo visto esperaba usted a alguien que no ha podido venir...

Edwige tardó unos instantes en responder. El tiempo necesario para acercarse al recién llegado, mirarlo de arriba abajo con una mirada que expresaba un mundo de desprecio y decirle:

—Di-Larco. Le ocurre a usted bastante a menudo el olvidar su papel de empleado.

Aquellas palabras, dichas con un tono incisivo y cortante, surtieron el efecto apetecido. La arrogancia del rufián se desvaneció inmediatamente para dar

paso a una actitud servil y humilde.

—Perdóneme —dijo bajando los ojos— He visto a Mouley-Aidi.

—¡Ah! ¿Vuelve a empezar? ¿Piensa intentar una nueva revista?

—Sí. Una operación de gran estilo. Ofrece veinte millones.

—¡Oh! Es bastante...

—Pero no hay tiempo que perder. Es indispensable que venga esta noche conmigo a Tánger.

—¡No! —rechazó ella—. ¡Ni hablar de esto! Irá usted solo a Tánger.

—Usted sabe que los compradores prefieren hablar directamente con usted...

—Eso no tiene importancia. Irá usted solo a Tánger y yo me quedaré en Casablanca.

Aquellas palabras parecieron ejercer una influencia extraña en el ánimo de Di-Larco. La sumisión de que había hecho gala últimamente volvió a desvanecerse para dar de nuevo paso a la arrogancia. Edwige hubo de oír unas palabras dichas con un tono que era a la vez una pregunta y una amenaza:

—¡Ah! ¿Tiene usted acaso una cita con... con su Fremlet?

Ella no contestó inmediatamente. Se acercó a Di-Larco, clavó en él sus negríssimos ojos relampagueantes de ira, y luego, lentamente, acentuando las palabras, repuso:

—¿Eh, que tiene usted, por casualidad, intención de hacerme una escena de celos? Se lo pregunto, porque pierde miserablemente el tiempo...

—¿Y por qué no habría de hacerla?

—¿Qué está diciendo?

—Digo... que mientras ha sido usted una mujer desafiante para quien los hombres no contaban, yo le he soportado todo admirablemente, pero no toleraré nunca que se deje usted enternecer por el primer uniforme que llegue...

La ira seguía asomando a los ojos de Edwige, haciéndolos todavía más seductores. Y Di-Larco, aquel aventurero sin escrúpulos, aquel rufián sin entrañas y sin corazón, habría dado la mitad de su vida para leer en ellos un sentimiento que le estaba vedado:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Y dígame usted, mi querido amigo, ¿cómo justifica esta pretensión?

—Con el amor que la tengo a usted —repuso el aventurero con voz firme. En aquel momento no le importaban las burlas de ella, no le importaba nada que no fuera aquella pasión insensata que germinaba en su pecho.

—¿Qué está usted diciendo?

—Creo haber hablado bien claramente, y no dudo que lo habrá entendido usted bien. Le he dicho a usted que la quiero... ¿Por qué no se ríe usted?

—No, no me río —repuso Edwi-

ge, que, efectivamente, se estaba riendo. Más bien siento pena por usted. En fin, olvidemos esta escena ridícula y despidámonos. No le vuelvo más, Di-Larco, la salida es por allí...

Y le señalaba graciosamente la puerta.

Di-Larco había vuelto a recuperar la serenidad perdida unos instantes antes. Nunca había, hasta aquel momento, tenido el valor de hablar de su amor, de aquella pasión que atenazaba sus sentidos desde hacía mucho tiempo. Los celos le habían hecho hablar, y el despecho cerraba de nuevo su boca. Se inclinó galantemente, como aceptando el terrible fallo y...

—Bueno, tal vez tenga usted razón. Olvidemos esta escena ridícula... Pero de todos modos, tendrá usted que venir conmigo esta noche... o si no...

—¿O si no?

—Usted verá...

—¡Pues, a pesar de todo, no me voy!

—Como quiera, pero ya sabe usted de lo que soy capaz...

—Sí. De todas las bajezas...

—Es posible —aceptó él, filosóficamente—. Ya está usted prevenida. Hasta la noche.

Se fué Edwige le señaló con los ojos. Apenas hubo desaparecido se precipitó al teléfono...

—¡Alló! Póngame con el comandante Premet. Sí, sí... espe-

...sus ojos azules y posebrantes se fijaron de repente en un retrato de mujer...



En aquel bajoso bar de Casablanca, se hallaban unos marinos agrupados en torno de una bella mujer.





— Lo que no olvidaré jamás, ni todavía puedo comprender, es su extraña actitud — comentó Edwige.



Correcto, elegantísimo bajo su traje impecable, Fremiet fué a su encuentro.



Frente al Almirante, erguido e inmóvil, Premet escuchaba la orden  
ante la tripulación del barco tomado militarmente.



...y con su voz grave y persuasiva, se dirigió a los que,  
en adelante, estaban a sus órdenes.



— ¿No sientes curiosidad por conocer el nombre del torpedero que nos persigue?



— Orden de parte — comunicó Sabina.  
— Que fueren las máquinas — contestó Edwige.



ro... ¿Qué? ¿Que el comandante acaba de embarcar? ¿Para dónde? ¿Para Tánger? ¡Ah, bien! ¡Muchas gracias!...

Aquella noche Di-Larco pudo recrearse en su triunfo, porque Edwige Hernau, volviendo de su acuerdo, decidió ir con él a Tánger.

### La cita

Premiet y el primer comandante del «Cavalier» se hallan en el puente, frente a la costa tangerina. Acaban de regresar de una de sus patrullas y esperan permanecer en aquel puerto unos cuantos días. Premiet arruga entre sus manos un pliego que acaban de entregarle el marinero que ha ido a la ciudad para recoger el correo. Lo ha leído ya, y siente su alma inundada de una alegría interior que en vano se esfuerza en ocultar. Lhortillon le pregunta:

—¿No se va a descansar, Premiet?

—No, no, mi comandante — responde él, distraído. — No tengo sueño.

—¿Le ocurre algo? Parece muy preocupado...

—No, no me ocurre nada. En absoluto.

—Entonces, perdona mi indiscreción, y... buenas noches.

—Buenas noches, mi comandante.

Transcurren unos minutos. Premiet sigue con los ojos fijos en el agua, a través de la cual le parece ver reflejado un rostro de mujer, un rostro adorablemente bello, que le sonríe, le sonríe siempre...

Lentamente se encamina a su camarote. Vuelve a leer la misiva recibida, que es una invitación a una fiesta. La fiesta que da aquella noche Edwige Hernau a sus amigos para celebrar su regreso a Tánger después de una breve ausencia. Quiriadec, que estaba escribiendo de nuevo a su novia, se levanta presuroso al verle y le saluda militarmente. Premiet le ordena:

—Oye, Quiriadec. Prepárame el frac para esta noche...

Allá, en la ciudad, una mujer, Edwige, se siente tan feliz, tan feliz, que hasta le pone buena cara a aquel odioso aventurero llamado Di-Larco, a quien las circunstancias ¡ay! han puesto a su servicio. Está ultimando los preparativos de aquella fiesta para la cual se han repartido cerca de un centenar de invitaciones. Pero ella sólo piensa en un posible invitado... En el comandante Premiet, que, sin duda alguna, asistirá. ¿Acaso no le ha escrito una carta de su puño y letra suplicándole? No irá a ser tan cruel, tan cruel de negarse... De repente,

Edwige se da cuenta con una mezcla de terror y placer a la vez, que si esto sucediera ella se consideraría la más terriblemente desgraciada de las mujeres...

Di-Larco está allí, a su lado, pero ella no le ve ni le oye, aunque casi inconscientemente conteste sus necesidades. El le está diciendo en este momento:

—¿Es una recepción en toda regla la que piensa usted dar?...

—Sí, hemos invitado a todas las personalidades de Tánger, para celebrar mi regreso... ¿No le parece la cosa muy hábil?

—Sí, sí, desde luego, pero temo que sus clientes...

—¡No! Esta noche no quiero clientes...

Di-Larco sonríe. Su fatuidad corre parejas con su estupidez, y ambas le dominan completamente.

—Esta recepción podrá no parecerme indispensable —dice con tono de suficiencia que pone un destello de ironía en los ojos de Edwige— Pero estoy tan encantado con la idea de que me hayn escuchado usted que le paso todas sus fantasías.

Edwige contesta con un tono dulcísimo:

—Es usted demasiado indulgente, mi querido Di-Larco.

—Mira. Tengo que hacer unas visitas ahora en Tánger...

—¡Oh! No se prive por mí. Vaya, vaya.

—Me iré, pero si puedo quedarme libre a la hora de cenar ya le telefonaré.

—Sobre todo no vaya a ser incorrecto por mi culpa...

—En todo caso esta noche.

—¡Claro! Hasta la noche...

Se marcha Di-Larco. Sabín, que ha presenciado la última escena y ha oído las palabras de ambos, no puede contener un gesto de ira: —¿La seguiré hablando así toda la vida?

—No —responde Edwige sonriendo—. Te aseguro que por poco tiempo...

—Me ha dicho que fue él quien le obligó a volver a Tánger...

—Tranquilízate. Esta noche dirá otra cosa.

Los salones de la suntuosa morada de Edwige-Hernau estaban rebosantes de invitados. La bellísima anfitriona, hermosa como siempre, discreta, elegante, serena, había estrechado multitud de manos, se había dejado besar las suyas por todos los hombres galantes que habían acudido a saludarla, había pronunciado un sin fin de palabras vacías e insubstanciales, todo ello inconscientemente, como una automática. Sus ojos, grandes y luminosos, permanecían obstinadamente fijos en la puerta. Diríase que esperaba ansiosamente la llegada de alguien.

Y este «alguien» llegó por fin. Correcto, elegantísimo bajo su frac impecable, el rubio cabello, la barba cuidada, los ojos alegres... Era Fremiet, rejuvenecido por la felicidad y la esperanza, Fremiet que acudía a la llamada de ella dispuesto a decirle muchas cosas.

—¡Buenas noches, mi querido amigo! —fueron las palabras con que ella le saludó, saltando a su encuentro con los brazos extendidos, como si quisiera abrazarlo. — Soy feliz volviéndole a ver.

—¿Pues y yo? ¿Que he de decir yo?

—¿Me guarda usted mucho rencor por haberme ido de Casablanca tan bruscamente?

—Sí, muchísimo. Su fuga me desconcertó primero, me entristeció, después, me convirtió más tarde en el hombre más miserable de la tierra.

—Pero todo esto ha pasado afortunadamente, ¿no es cierto? —Inquirió ella riendo.

—Sí, puesto que estoy de nuevo junto a usted...

—Entonces... ¿perdonada?

—Perdonada. Estoy demasiado contento de haberla encontrado para seguir enojado... Me encanta verla en este ambiente, rodeada de sus amigos.

Edwige hizo un gesto desdichoso:

—Oh! Ellos no son realmente muy amigos míos...

Aquel comentario pareció agrandar extraordinariamente a Fremiet:

—¡Tanto mejor! Así no tendrán derecho a acapararla.

—Sólo les he invitado para que sirvieran como de comparas a nuestro encuentro de esta noche...

—Yo hubiera preferido que no hubiera ningún otro compare...

Edwige hizo un mohín pícaro:

—No tenga usted miedo, que no le estorban... Le puedo asegurar que no he bailado aún con ninguno de mis invitados... esperándole a usted.

Fremiet recogió la insinuación que iba envuelta en aquellas palabras y se dispuso a complacer ampliamente a Edwige. La entorpeció por el tallo y por unos instantes fueron una pareja más en la pista de baile. Nunca los rostros de ambos habían podido recrearse tan cerca el uno del otro. Nunca los ojos de Fremiet habían podido recrearse tan completamente en la contemplación de aquel rostro adorable. La tez de alabastro, los ojos negrísimo, las largas pestañas, los labios rojos y prometedores... Fremiet, que unas semanas antes se llamaba a sí mismo «solterón aburrido» y se cerría ya al abrigo de toda pasión amorosa, experimentaba ahora la sensación de haber vuelto a su primera juventud, cuando era un ofi-



cialillo imberbe, admirado por todas las mujeres. Con la única diferencia de que su entusiasmo de ahora era distinto del que le habían sugerido todas las adorables mujercitas que habían pasado por sus brazos. Fremiet amaba apasionadamente, ardientemente a aquella mujer. La amaba con el corazón y con el cerebro, deseaba poseer aquel tesoro de belleza, pero deseaba hacerlo legalmente, noblemente, ofreciéndole su nombre y un hogar honrado. Esto era lo que quería hacer Fremiet, y pensaba decírselo aquella noche, aquella misma noche, porque sabía que no podía esperar más, que el límite que le había aconsejado su razón y su prudencia estaba ya franqueado y nadie ni nada podría detenerle, ni siquiera aquella fortuna fabulosa de ella, que por unos momentos creyó que iba a separarles.

Se inclinó, y, rozando con sus labios la frente amplia y tersa, sin una sola arruga, murmuró a su oído:

—Aunque es usted una mujer encantadora, no piense que voy a perdonarle su huida de Casablanca sin explicarme antes el motivo...

—Pero ¿no habíamos quedado en que me había perdonado ya?

—Inquirió ella, sonriendo y mirándole con aquellos ojos tentadoras.

—Sí, pero no me ha explicado

usted las razones...

—No olvide usted que soy una mujer de negocios.

—¡Es cierto! ¡Qué horror! ¡Una mujer de negocios!... Pero, dígame... ¿Por qué es usted una mujer de negocios?

—Pues porque lo soy, ¿le parece a usted poco?

—¿Me va usted a decir que no puedo abandonar sus naranjas y sus uvas?

—Sí, puedo, claro... Pienso seriamente en abandonarlas desde... desde hace unas semanas...

—Tengo la impresión de ser con frecuencia indiscreto. Después de todo, ¿por qué iba usted a tener confianza en mí?

—Sí, tengo confianza en usted, sólo que no acostumbro a hablar de mis negocios con nadie.

—Debe usted encontrarme un poco... un poco demasiado serio. ¿No?

—No. Le encuentre un poco... ¿cómo diría yo? Un poco melancólico nada más.

—Trataré de explicárselo, pero esto regularé algún tiempo, y, desgraciadamente, no voy a disponer de mucho... por ahora... No me gusta nada, absolutamente nada, la perspectiva de separarme de usted, y, sin embargo, va a ser necesario...

Casi inconscientemente, como obedeciendo a un acuerdo tácito, se habían separado del torbellino del baile, refugiándose en un sa-

donde contiguo. Edwige pareció inquietarse al oír hablar de separación. ¡No! Ella no quería tampoco separarse de Fremiet. Quería retenerlo junto a ella, pero no para evitar que al mando de su corbeta vigilara el tráfico de armas, sino porque sentía que no podía vivir sin él, que su presencia le era indispensable, que todo, absolutamente todo, había dejado de interesarle.

—¿Marcha usted por una de sus patrullas acostumbradas?—le preguntó.

—Sí, pero esta vez creo que sea para algo más que para dar un simple paseo por el mar...

—¿Va a correr algún peligro? Su voz había temblado ligeramente al hacerle esta pregunta. Pensaba... pensaba en los cómplices de su vida aventurera, en su falta de escrúpulos para eliminar a todo el que pudiera estorbar a la realización de sus planes, pensaba en los rifechos, arteros y crueles. Oyó que Fremiet le decía en tono confidencial:

—Creo que preparan una revueta contra nosotros...

Casi inmediatamente le vino un comentario a los labios:

—Actualmente no pueden estar en condiciones de intentar nada en serio.

El marino le miró extrañado:

—Pero usted ¿cómo puede saberlo?

—Pues mire usted. Es difícil

tratar de negocios de fletes en Tánger sin oír hablar de lo que pasa en Marruecos.

Di-Larco había sido siempre un traidor. Tenía un alma rúa y ni siquiera a sus cómplices guardaba fidelidad. Había comprendido que un cambio profundo y radical se estaba operando en Edwige y temía sus consecuencias. Veía que ella no tardaría en desertar, en renunciar a aquel «negocio», en horrorizarse de él, en apartar de su lado a todos sus cómplices. Un hombre tenía la culpa de que Edwige hubiera cambiado. Un hombre al que él odiaba con todas las potencias de su alma, con todos los celos de su pasión no correspondida.

¡Ah! Pero si Edwige cometía aquella locura, no se burlaría impunemente de él, no volvería a herirle con su ironía, no volvería a humillarle con su desprecio, porque él, Di-Larco, sabía escoger los caminos tortuosos de la venganza y la haría llorar lágrimas de sangre por cada una de las humillaciones a que le había sometido.

Sabin acababa de recibir un recado de Di-Larco, diciéndole que él y Morton le esperaban en un lugar determinado para participarle algo de interés. Acudió a la cita y encontró a sus dos cómplices. Di-Larco le dijo:



—Zarpamos dentro de una hora. Te esperábamos.

—¿Qué está usted diciendo?

—Lo que oyes. La mercancía debe entregarse mañana en Dad. Hay que ir aprisa.

—Pero yo no sé nada de eso...

—Porque me han dado a mí las instrucciones.

Sabin hizo un gesto negativo:

—Sí, pero yo no tengo orden de la señorita.

Di-Larco se acercó a Sabin, le obsequió con una mirada de profundo desprecio, y luego le escupió un insulto:

—¡Estúpido! ¡Ella no hace nada! ¿No has comprendido que este baile... es sólo una pantalla? ¡Un baile a sus amigos! Yo te creía menos torpe... ¿Me quieres decir con qué interés habría de mentirte? ¿Es que soy acaso un traidor? ¿Y Morton también?

Sabin, con una sinceridad que le honraba, objetó: —En usted no confío, Morton ya es otra cosa...

Di-Larco se volvió entonces hacia Morton, que había permanecido silencioso:

—¿Qué esperas tú para convenirte?

Morton sonrió. Miró a Sabin, y ocultando a duras penas la risa que pugnaba por salir de sus labios, mintió flemáticamente:

—Mi querido amigo, como Di-Larco dice bien, partimos para Egan-Dad. Todos contamos contigo.

—Entonces... los camiones estarán listos dentro de una hora—repuso el infeliz Sabin, cayendo logueadamente en el garfio.

Ya en alta mar, Di-Larco creyó conveniente ser más explícito y revelar la verdad al incauto:

—¿Está todo en orden, Sabin? Oye bien lo que voy a decirte. Es necesario que no sepa nadie cuál es la cantidad exacta que llevamos de material a bordo...

—¿A quién podría decirsele aquí?

—Es que hay otra cosa que hace falta que sepa. Mouley-Aldi está a bordo... Cree que la mercancía está completa. Así se lo he dicho yo, así que si te pregunta...

—Pero usted sabe sobradamente que no es verdad, y que la señorita tiene horror a esta clase de mentiras...

Di-Larco hizo un gesto de impaciencia:

—¡Ya habrá tiempo de discutir con él cuando haya pagado... Y puesto a hacerte confidencias, te diré que la señorita no sabe nada, absolutamente nada de todo esto... He obrado solo, prescindiendo de ella, porque he comprendido que se opondría, que no iba a fallar y no quería perder la ocasión de ganar esta fortuna.

—¿Cómo! Morton me había dado su palabra!

—Sí, porque estaba hasta la



punta del pelo de no hacer nada durante más de dos semanas... Pero tú no temas que tendrás tu parte y esta no será pequeña...

Esta promesa debió acallar los escrúpulos que Sabin pudiera sentir en el primer momento, porque se limitó a reprocharle:

—¿Por qué no me habéis dicho la verdad?

—Porque nos hacías falta, y si te la hubiéramos dicho te habrías negado a acompañarnos.

—Tenéis miedo de que os traicionara...

—No, sólo que tu estúpida fidelidad hacia ella te hiciera irte de la lengua...

Sabin pareció reflexionar unos instantes. Al fin, dijo con tono de alegre resignación:

—En el fondo tal vez estéis en lo cierto...

Contento de verlo tan acomodaticio, Di-Larco le dio una palmada en la espalda:

—Entonces... ¿no nos guardas rencor?

—No, claro que no... Bueno, ahora me marcho a dormir.

—Adiós. Que descanses, y sobre todo, no sueñes con ella... —Inclinó burlonamente Di-Larco.

Se separaron. Sabin se encaminó a su camarote, pero no entró en él. Permaneció en la puerta aguardando hasta que los pasos de Di-Larco se hubieron alejado definitivamente. Entonces desandando lo andado subió a cubierta,

y, amparándose en la obscuridad de la noche, se tiró rápidamente al agua. Nadador consumado y rapidísimo, no tardó en llegar a la meta deseada. El puerto de Tánger...

Fremiet y Edwige continuaban en el saloncillo olvidados de todo lo que no fuera ellos mismos. El marino había conseguido dominar enteramente su timidez y se sentía dispuesto a decirle a ella todo lo que guardaba en su corazón, y que durante toda la noche había estado pugnando por salir de sus labios.

—No puede imaginarse lo maravilloso que es para mí estar junto a usted, precisamente esta noche, antes de marcharme...

—También para mí es maravilloso —murmuró la mujer en voz baja, como si se estuviera confesando.

Fremiet se le acercó. La miró unos instantes sin decir nada, saboreando una vez más aquella belleza que se le estaba ofreciendo prometedora y...

—Entonces... ¿por qué no tenemos el coraje de confesar que nos queremos? —le dijo—. ¿Qué hay entre nosotros que nos detenga? ¿Que nos separe? Es como una fuerza misteriosa...

—No. Es más bien una costumbre de soledad...

—¿De soledad? ¿Por qué? Estoy

seguro de que está equivocada. Usted no está hecha para vivir sola. Es usted demasiado femenina. Necesita un hombre que verdaderamente la quiera. Un hombre capaz de ofrecerle una vida entera consagrada a adorarla, ¡ah!, a adorarla, porque sólo adoración puede usted inspirar.

—Puedo asegurarle que nunca lo he deseado tanto como esta noche...

Había llegado el momento propicio para decir las palabras solemnes. Premiet supo aprovecharlo. Cogió suavemente a Edwige por el tallo, y, acercando su rostro a la garganta de ella, murmuró: —Yo la quiero a usted, Edwige. La quiero y deseo que...

Contra todas sus previsiones, Edwige, en lugar de escucharle hasta el fin, se atajó bruscamente, cerrándole la boca con la mano.

—¡No, no, no! Yo no puedo aceptar más que su simpatía y su amistad... No me pida usted más, se lo suplico... Yo acepto esto con muchísima alegría, pero...

Se había levantado, apartándose de él. Se acercó a la ventana y desde allí contempló el jardín sombrío y silencioso... Un instante después, Premiet se hallaba de nuevo junto a ella. Ahora su voz no suplicaba como un momento antes. Apremiaba, exigía:

—¡Edwige! Quiero saber lo que nos separa, tengo derecho a sa-

berlo. Sus labios pueden mentir, pero sus ojos no. Hable usted y dígame por qué no acepta mi amor...

Los labios de Edwige temblaron ligeramente. Tardó unos instantes en contestar. Al fin, haciendo un sobrehumano esfuerzo, pudo decir:

—Creo habérselo dicho ya, mi deseo de independencia...

—¡Miente usted!

—No, no miento... Además, el hecho de que soy una viajera...

Premiet estaba a su espalda. Sentía el aliento de él quemándole la nuca, adivinaba el abrazo próximo, y pensaba que si esto sucedía no tendría ya fuerzas para seguir mintiendo. Y, sin embargo, era necesario mentir, ocultar su amor, vencer el deseo de ser estrechada por los brazos de aquel hombre único, al que había aprendido a amar desde el primer instante y al que adoraba ahora con todas las ternuras, con todas las potencias de su corazón de mujer, aquel corazón que hasta entonces había permanecido frío e insensible a todo halago amoroso.

—¡No! —dijo la voz del hombre casi a su oído—. Todo esto que usted me dice son falsas razones. Estoy seguro, lo sé... ¡Edwige! ¡Te quiero! ¡Estoy loco por ti! ¡Nunca pude creer que pudiera llegar a amarse tan intensamente!...



La había enlazado por el talle y la atraía hacia él, olvidado de todo lo que no fuera la obtención del beso tan deseado... Sus labios se unieron un instante. En seguida ella rechazó la caricia, murmurando:

—¡No! ¡No! ¡Déjeme usted!... ¡Váyase!... ¡Se lo suplico! ¡Por favor! ¡Déjeme!

Pero él no quería obedecerla, seguía reteniéndola en sus brazos y ella sentía que su voluntad iba quebrándose al calor de sus caricias. Un instante más y no podría, no podría ya seguir mintiendo.

—Déjeme, que nos miran... — pudo suplicar al fin...

El la había soltado bruscamente. Viendo que ella se disponía a marcharse, volvió a cogerla entre sus brazos. Estaba fuera de sí, no podía comprender la actitud de ella y suplicaba apremiante:

—¡No podemos separarnos así!

—¡Sí! ¡Así! ¡Así! — recalcó ella desatándose en un supremo esfuerzo.

Un hombre se acercaba al pabellón. Edwige se precipitó a su encuentro:

—¡Marceau! ¡Marceau! Le había prometido este baile, ¿verdad?

—Efectivamente — repuso el aludido.

Pero en aquel instante llegó Denise, quien, acercándose a la Hernau, le dijo en voz baja:

—¿Me hace el favor, señorita?

—Ahora voy... — repuso ésta, cuya turbación le había impedido iniciar el baile prometido.

—Es muy urgente... — insistió la joven secretaria.

—¡Le he dicho que ahora voy!

—Me veo obligada a insistir...

Edwige se excusó ante Marceau y se dispuso a seguir a Denise. Esta le explicó lo que sucedía:

—Sabín ha telefonado que, a pesar de su prohibición, Di-Larco ha hecho embarcar el cargamento.

—¿Qué? Es preciso impedir su salida...

—Demasiado tarde. El barco está en alta mar, y no tenemos ningún medio para detenerlo...

Edwige se mordió los labios. Había dejado de ser en un instante la mujer amorosa y rendida para convertirse en la fría y vengativa Edwige Hernau, que raramente perdonaba a sus enemigos.

—Di-Larco me pagará esto y me lo pagará caro, te lo aseguro... — murmuró.

## El combate

Fremlet había regresado a bordo. La terrible decepción que acababa de sufrir ponía un tinte de tristeza en su rostro expresivo. Fue, empero, con una sonrisa en los labios que saludó a Quiriadec, descubriendo de nuevo el flagante uso de papel, pluma y tinta de su jefe:



—Prepárate, Quiriadec, saldremos a las tres.

—Mi comandante, ¿esto de marcharnos a media noche es por capricho o por alguna razón seria?

—Por una orden...

—Entonces... creo que nos vamos a divertir...

—Es posible...

—Hay quien prefiere lo cuando va a Dover, y yo los golpes los veo venir...

—¿Tienes ganas de lucha?

—¡Claro que las tengo! Me gustaría entrar en combate ahora mismo.

—Va a ser un poco duro ¿sabe? La canalla está terriblemente armada.

—Yo no tengo miedo, mi comandante. Ya estoy curado...

—¿Curado, de qué?

—Carlota me ha contestado la carta, a aquella de los cien francos.

Fremiet tuvo fuerzas para sonreír pensando en el ingenuo corazón de Quiriadec:

—¿Y qué?... ¿Está enfadada?

—Inquirió.

El rostro de Quiriadec adquirió una expresión tan cómica que Fremiet hubo de hacer un esfuerzo para no echarse a reír:

—Va usted a oír, mi comandante.

Se sacó la carta del bolsillo y empezó a leerse la, sin que el paciente Fremiet diera señal alguna de impaciencia:

—«Mi bichito bien amado, no te preocupes por los cien francos. Mi amigo Ernesto ha sido muy amable. Yo pienso siempre en ti y te envío un beso muy fuerte...»

—¡Hum! ¿Tienes confianza en ese Ernesto?

—Ninguna. Estoy seguro de que me engaña con él, pero esto, en vísperas de combate, da mucha suerte, y váyase lo uno por lo otro...

Fremiet pareció meditar unos instantes, al cabo de los cuales murmuró:

—En el fondo, tú eres un sabio.

Mientras tanto, allá, en el camarote del barco que le conducía al lugar de la rebelión, Mouley-Aidi hablaba con Di-Larco y escuchaba por centésima vez las protestas de sinceridad de éste:

—Me has dado tu palabra de honor de que la mercancía está completa.

El infeliz Mouley se equivocaba de medio a medio. Di-Larco no podía darle su palabra de honor por una razón muy sencilla, porque no la tenía ni la había tenido nunca. Con un cinismo digno de su falsedad, contestó:

—Tú ya me conoces...

Tal vez por eso, porque le conocía, Mouley dudaba un tanto de él.

—Es indispensable para el éxito —explicó— Una batalla semejante sólo puede triunfar si nuestras tropas están bien armadas... ¡hoy mismo!

—Todo el material ha sido reunido por ella en persona. Yo no soy más que un simple intermediario.

—Tengo necesidad de saber que por mi parte he hecho el máximo...

—¡Claro que lo has hecho, Moulay...! ¡No te inquietes por eso. El éxito premiará tus desvelos.

El «Cavaller» había zarpado «con rumbo desconocido»... En realidad, llevando a bordo una misión importantísima. La de desembarcar en un lugar de la costa marroquí, en donde, según noticias que había recibido el Almirantazgo, se preparaba una rebelión de los rifeños.

Se acercaban al lugar de la batalla. Un puñado de valientes, al mando del comandante Fremiet, serían los encargados de intentar el desembarco, mientras el «Cavaller» cañoneaba la costa cubyugando a su torva. Quiriadec se daba a todos los diablos por que su jefe urababa de advertirle que debería quedarse a bordo.

—No es justo, mi comandante, no es justo que yo me quede aquí mientras usted va a dar la cara...

—Tu puesto está aquí. Eres artillero... No olvides que de la mayor o menor eficacia de tus disparos de cañón puede depender la suerte de la batalla. Vamos a ayudar a un puñado de valientes que, sin nuestro apoyo, no po-

drían resistir la acometida de los rebeldes. Jurga, pues, de la responsabilidad de cada uno de nosotros. Los que desembarcaremos y los que os quedaréis a bordo.

—Puede que sea eficaz, puesto que usted lo dice, mi comandante, y usted entiende más que yo, pero no es peligroso, y yo amo el peligro...

—Ya te veré otra ocasión. Escucha Espe que todo irá bien, pero... nunca se sabe lo que puede suceder. Si me ocurriera algo, haz que avisen... ¿sabes a quién?

—Sí, mi comandante, —repuso Quiriadec con la voz estrangulada por la emoción.

—Le dirás de mi parte que... Mejor no le digas nada...

—Se le diré, mi comandante, se lo diré —prometió Quiriadec, a punto de hacer un puchero.

Se hizo el desembarco sin que los rifeños, encarnados en duro y difícil combate con un puñado de abnegados defensores, de aquel fuerte apartado, se apartaran de ello. Cogidos por detrás, los rebeldes hubieron de repliegarse primero, huir a la desbandada, después, dejando el terreno arenoso y desierto sembrado de cadáveres y material de guerra, aquel material que unos aventureros sin escrúpulos les vendían a buen precio para que lo usaran contra los hombres que pretendían conquistarlos para la Civilización.

También en el campo francés hubo algunas bajas. Además de



los soldados que defendían el fuerte, cayeron unos cuantos marineros del «Cavaller». Su sangre generosa no fué derramada en vano, puesto que con su intervención consiguieron salvar a sus compañeros y consiguieron también que el emblema de la Patria siguiera ondeando en la torre del fuerte. Pero sin la feroz intervención de los triacantes de armas aquella sangre habría podido ahorrarse, la madre, la esposa, la novia del soldado, que esperaba ansiosamente el regreso del ser querido, no tendría que sentir su corazón lacerado por el dolor, y las lágrimas no quemarían sus mejillas.

También Fremiet resultó herido en la batalla. Conducido al hospital, se procedió a extraerle la bala que se había alojado en su brazo izquierdo. Afortunadamente la herida no era de gravedad. Así lo certificó el médico, y cuarenta y ocho horas después de habérsele hecho la operación, le decía:

—Ha estado muy afortunado, mi querido Fremiet. Un poco más a la izquierda y le destroza la arteria. Si esto llega a suceder se habría podido decir que los rifleños habían hecho un buen trabajito.

—Por lo visto les falló la puntería—repuso el herido sonriendo.

—Tengo sobre estas cosas de la arteria una teoría personal que, si he de serle franco, hubiera que-

rido verificar—hizo observar el médico echándose a reír.

Fremiet tuvo una frase amable:

—Lamento en el alma, mi querido Ledoch, no haber podido dar a usted esta ocasión.

—Más vale así, créame lo.

Se volvió a la enfermera:

—¿Cuál es la temperatura de nuestro enfermo? Espero que no sea muy alta.

—Treinta y ocho, doctor.

—Entonces, la fiebre ha bajado.

—La fiebre habrá bajado como dicen ustedes, pero yo tengo una sed terrible.

—No se queje usted. Le permito tomar leche y un poquitín de agua.

Fremiet hizo un gesto desdefioso. Ni una cosa ni otra resultaban de su agrado.

—¿Qué le parece un buen whisky? ¿No?

—Mire usted, Fremiet, yo en principio no me opongo a nada. Pero dentro de dos o tres días será usted un convalesciente completamente responsable de sus actos, y entonces, entonces podrá usted tomar todo lo que le apetezca.

Le tendió la mano que el marino estrechó. Antes de que se fuera le dijo en tono festivo:

—La próxima vez que me suceda algo por el estilo procuraré permanecer más tiempo bajo su tutela. De todos modos, gracias doctor, muchas gracias. Temo ser un paciente un poco. ¿cómo diría



yo?, impaciente. No tomaré el whisky, se lo aseguro.

—Adiós, comandante... hasta mañana —dijo el médico, saludando de nuevo desde la puerta.

Se fué. La enfermera salió también, y Fremiet contempló a su ordenanza que acababa de entrar en el cuarto y permanecer de pie a los pies de su cama, mirándole. El rostro del buen Quiriadec expresaba una desolación tan grande que resultaba de un cómico irresistible. El marino se echó a reír o, invitándole con un gesto a que se le acercara, le dijo:

—¡Por favor, mi querido Quiriadec!, ¿por qué me miras así?

—¡Oh!, mi comandante, es que yo, yo, yo...

—Mira, no pongas esa cara, porque voy a enfermarme de risa. ¡Si no tengo nada, absolutamente nada! El doctor, que acaba de salir, me lo ha dicho y me ha dicho además que dentro de dos o tres días estaré en franca convalecencia.

Quiriadec se acercó al marino. La expresión desolada de su rostro había desaparecido, pero no su interés. Fué con un tono de amable reconvención que contestó las observaciones de su comandante:

—Sí, el médico ha dicho esto, pero ha dicho también que por algún tiempo usted deberá cuidarse seriamente. Y yo, mi comandante, como le conozco a usted muy bien, temo que no quiera

hacerlo.

—Te repito que no tengo nada. Ahora que me han quitado la bala del brazo me siento perfectamente. La herida no me molesta en absoluto. Lo dicho, querido Quiriadec. Dentro de dos días, curado completamente.

—Sí, mi comandante, pero usted debe obedecer al doctor.

—¿Y quién te dice que no quiera hacerlo?

—Sí, digo, nadie; pero... usted debe obedecer al doctor.

—¿E, a ti a quien el doctor ha confiado sus temores?

—Claro que no, mi comandante, pero lo he oído cuando se lo decía a esa dama.

—¿Qué dama?

—¡La dama!

Fremiet comprendió. Su rostro palidísimo dominó el sufrimiento que le produjo el gesto brusco que hizo inconscientemente al incorporarse. La herida era demasiado reciente para que pudiera moverse. Quiriadec acudió en su auxilio, pero el marino le rehusó:

—¿La señorita Hernan está aquí y tú no me lo has dicho hasta ahora?

—Creí que ya lo sabía, mi comandante, —dijo el infeliz, excusándose.

—¿Cómo lo iba a saber? ¿Qué esperas para ir a buscarla? ¡Vamos, date prisa!...

Entró Edwige. Ambos estaban tan emocionados que por unos instantes no acertaron a pronun-

clar una sola palabra. Ella fué la primera en reponerse, y, acercándose a la cabecera del lecho del herido, murmuró su nombre:

—Fremiet...

El marino le tendió la mano, que ella estrechó largamente.

—De verdad, de verdad no esperaba su visita —dijo él al fin.

—He venido en cuanto el doctor me lo ha permitido —explicó ella—. ¿Por qué dice usted esto?

—Tenía miedo de que me guardara rencor por lo que ocurrió la última noche que nos vimos...

—¿Rencor? ¡Oh, no nada de eso!

Y como él pretendiera hablar de aquello, excusarse tal vez, Edwige puso su mano sobre la boca de él, impidiéndoselo.

—¡Chass! Dígame... ¿Ha sufrido usted mucho...?

—Un poco, pero todo ha pasado ya. Además, estando usted a mi lado me encuentro tan bien como si no hubiera sucedido nada. Si esto no es la felicidad es lo parece mucho...

—Si cupiera usted la emoción que me produjo saber que estaba usted herido... Ahora mismo, aparte de la alegría que siento de volver a verle, es tan doloroso para mí ver herido en la cama de un hospital a un hombre a quien se tiene mucha estimación... y mucha amistad.

Los ojos de Fremiet se clavaron inquietos en los de Edwige. Esta bajó los ojos, temiendo tal

vez que él pudiera leer en sus pupilas lo que guardaba celosamente en su corazón.

—¿Estimación y amistad... solamente? —preguntó Fremiet con un tono de voz que equivalía a un reproche.

—Bueno, mucho interés, si usted lo quiere...

—Yo preferiría mucho más...

Hubo un silencio emocionado. No sabían qué decir, tal vez porque temían decirse demasiado.

—Me parece usted otro Andrés, después de ser herido —dijo ella.

—Sí... Tal vez haya cambiado. He comprendido que si se piensa en una mujer hasta el punto de quererla consagrar la vida hay que decirse lo más pronto posible...

De nuevo el temor volvió a aparecer en los ojos de Edwige, que rehusan obstinadamente las miradas de Fremiet... Hizo un gesto para levantarse, pero el marino la contuvo cortándola por el brazo y obligándola a sentarse de nuevo.

—No... no hable usted más, va a fatigarse... —suplicó.

Pero las palabras de amor que ella quería evitar estaban quemando los labios de Fremiet, y tenía que pronunciarlas. La fiebre había subido y se revelaba por el ardor de las mejillas y el brillo de los ojos azules. Edwige empezaba a temer que había cometido una imprudencia al ir a visitarlo.

— ¡Si supiera cómo he pensado en usted...! Primero allá, en el fragor del combate, cuando pensaba en la posibilidad de morir, más que un beso, sin haber podido decirle todo el inmenso amor que usted me inspira, sin probarle la absoluta e inquebrantable fidelidad de mi cariño...

— También yo pensaba en usted... ¡Qué intranquila he estado durante todo este tiempo. Pero por fortuna ya todo pasó...

— Pasó, sí, pero de todo aquello han quedado cincuenta camaradas muertos e importantes beneficios para los odiosos traficantes de armas.

Se detuvo. Algo había pasado por los ojos de Edwige, un relámpago de horror, como si hubiera presenciado la escena, como si aquellos cadáveres estuvieran allí, entre ambos, separándoles... Fremiet, ignorante de lo que sucedía a la Hernan, comprendió, sin embargo, que aquel relato le había emocionado profundamente, tal vez desagradado, y se excusó:

— Perdón, mi querida amiga. No debí hablarle de esto. Ustedes, las mujeres, son tan sensibles... ¡Qué torpe soy!

Afortunadamente para Edwige, cuya capacidad de disimulo había llegado al límite, llamaron a la puerta. Era Enseigne, uno de los oficiales del «Cavaller», que venía a saludar a su superior, trayéndole, además, una noticia venturosa.

— He querido ser el primero en

decírselo. Acabo de ver ahora el cable del Ministerio, en respuesta a la proposición del almirante Donesin. Es un hecho, mi querido Fremiet. Ya tiene usted su quinto galón. Permitame que le felicite, comandante.

Y al decir esto se cuadraba militarmente ante el herido...

### El amor miente

— ¡Oficiales! — ¡Sub-oficiales! — ¡Contramaestres y marineros del «Inflexible»! Desde hoy reconocéis como vuestro comandante al capitán de fragata Fremiet, aquí presente, y le obedeceréis en todo aquello que se ordene para el bien del servicio y el éxito de las armas de Francia...

Era el almirante quien hablaba, y lo hacía en la cubierta del «Inflexible», ante la tripulación entera del barco, formada militarmente. Frente a él, erguido e inmóvil como una estatua, Fremiet escuchaba la arenga. En su pecho lucía la última cruz ganada en el combate de Mascaret. La Patria había querido premiar su labor por haberla sabido defender tan dignamente.

Terminó la ceremonia. El almirante se acercó a Fremiet, y el superior jerárquico cedió el paso al amigo. Se abrazaron emocionados aquellos dos hombres unidos desde tiempo con una amistad entrañable. Pasaron juntos revie-



ta a la tripulación, y Fremiet, con voz grave y al mismo tiempo desprovista de toda afectación, se dirigió a los que en adelante deberían estar bajo su mando:

—Amigos míos, yo agradezco en lo mucho que vale el ascenso que ahora he recibido y el honor de mandar el «Inflexible», y su tripulación. Todos tenéis presente en la memoria el cruel incidente que acaba de costar la vida a tantos, a tantas camaradas encargados de proteger la costa africana contra el tráfico ilegal de armas... Yo cuento con vosotros para que me asistáis en esta tarea con una vigilancia excepcional y con el heroísmo callado que ha de ser patrimonio de todos nosotros.

Edwige acababa de recibir la visita de Quiriadec, portador de un mensaje para ella. Fremiet la invitaba a cenar en su casa para celebrar el ascenso. La respuesta de Edwige fué afirmativa:

—Dígale al comandante que estoy de acuerdo. Iré a la hora convenida.

Le había dicho estas palabras con el rostro radiante de alegría. Parecía otra mujer, y tal vez lo fuera en realidad. La Edwige Hernau del tráfico de armas, la «mujer de negocios», dura e inflexible, fría y ecuaníme, había desaparecido para dar paso a esta otra mujer que estaba ahora frente a Quiriadec, obsequiándole con

todos los cigarrillos que pudo hallar sobre la mesa, turcos, egipcios, ingleses... El infeliz asistente no sabía cómo arregiárselas para amargar aquel «anán» que le caía del cielo...

—¡Cójalos, cójalos todos, vamos...! —le decía ella para vencer su timidez.

—Gracias, muchas gracias, señora.

—¿Está bien el comandante?

—Sí, señorita, perfectamente...

—Me hubiera gustado mucho asistir a la ceremonia...

—Ha sido una cosa espléndida, señorita. Es verdaderamente una pena que no haya podido verla. ¡Al comandante le habría gustado tanto que pudiera usted asistir!

—Adiós, Quiriadec —repuso ella tendiéndole la mano en un transporte de alegría.

—Adiós, señorita —repuso él, estrechándosele tímidamente y diciéndose en su fuero interno que el comandante tenía motivos fundados para estar loquillo perdido por aquel tesoro que estaban contemplando sus ojos.

—Sobre todo, no olvide mi encargo...

—No, no lo olvidaré.

Se marchó Quiriadec. Edwige se tendió en un diván, cerró los ojos y dejó vagar por sus labios una sonrisa. Sí, ella iría aquella noche a casa de Fremiet, iría para verlo por última vez, y luego... Desde que él cayó herido en la batalla de Mascaret, la Hernau

había estado sosteniendo una lucha interna, una lucha terrible, de la que salió con el corazón destrozado, pero con el firme propósito de saborear, aunque sólo fuera por unos instantes, aquella felicidad que se le ofrecía —y que le estaba vedada realmente— antes de renunciar a ella. Ya lo tenía todo decidido. Iria aquella noche y luego... Luego huiría de él, huiría del amor, de la felicidad, de la vida... porque su vida era Fremiet, y sin él se sentía incapaz de seguir arrastrando su miserable existencia... Experimentaba horror de sí misma, ahora que el amor la había hecho ver claro en su alma. La mujer sin escrúpulos, fría, calculadora, amante del lujo, cinica, que se había dedicado al tráfico de armas solamente porque reportaba pingües beneficios, sin importarle todo lo que de vil pudiera haber en aquel negocio, miraba ahora asustada el abismo que acababa de abrirse a sus pies, y que ella misma se había abierto con su conducta. ¡No, no podía ser la esposa honrada de aquel hombre leal, noble, amante de su Patria, ella que había renegado de todo esto, ella que con sus turbios manejos había puesto en manos de los rifeños el arma que tenía que herir a los valientes soldados de Francia. No importaba que Fremiet fuera el primer hombre en su vida, no importaba que ningún otro hombre hubiera tenido ja-

más derecho alguno sobre ella. Cuando él supiera la verdad, si es que llegaba a saberla algún día, la odiaría más que si en lugar de haberse mantenido intacta, fuera la última de las mujeres. Por que su culpa era peor, mil veces peor, que el de la mujer que peca por amor... No, no podía haber perdón para ella...

Allá en el muelle, Sabin se hallaba en aquel momento vigilando la descarga de un barco, «Naranjas» y «mandarinas» de aquellas que habían hecho la fortuna de su señorita... La grúa iba descendiendo lentamente... De pronto, la cadena que sujetaba la caja cedió. Sabin, que seguía ávidamente con los ojos la trayectoria que describían las cajas al pasar de las entrañas del buque a tierra firme, dió un salto prodigioso y corrió, corrió desalentado huyendo de la catástrofe. El policía que estaba a su lado se lo quedó mirando extrañado, preguntándose si su vecino se había vuelto loco...

Y de pronto, una explosión formidable hizo retumbar la tierra. Eran las «naranjas» que contenía la caja que acababa de caer sobre el pavimento... Edwige tenía razón en acusarse a sí misma. Una cadena mal atada, una caja que cae, acababan de escribir su sentencia...

Había escogido el traje más



lujoso de su guardarropa, se había peinado con más esmero que nunca, se había perfumado intensamente, había adornado su garganta y sus brazos con las mejores joyas de su cofre y luego se había mirado largamente al espejo temerosa de encontrar la más ligera imperfección en su rostro, un grano, una arruga, que enturbiara su bellísima peregrina... ¡No! Podía sonreír satisfecha a la adorable imagen reflejada en él. Estaba hermosa, arrebatadoramente hermosa, como no lo había estado nunca. El amor y la felicidad, abrillantaban sus ojos, y coloreaban sus mejillas... Iba a su cita de amor con el único hombre que había querido.

Llegó Sabin pálido, demudado, portador de una noticia terrible. Ella, que se disponía a marchar, le apartó con un gesto:

—¡No! No me digas nada. Ahora tengo prisa.

—Señorita, por favor, atiéndame un minuto. Ha ocurrido una desgracia...

—¿Qué?

—Los hombres desembarcaban en el muelle las cajas y...

—¿Y qué? ¿Habla de una vez! ¿No te he dicho que tenía prisa?

—Pues... no sé cómo pudo ocurrir, cayó una al muelle y...

Edwige, que se había encaminado hacia la puerta, retrocedió unos pasos. Estaba pálida, pero serena. Fué con el tono del que acepta la fatalidad y sabe que

nada ha de poder contra ella, que murmuró:

—Y... ha explotado, naturalmente...

—Sí... Los agentes nos han perseguido... La policía nos busca... ¿Hay que huir! ¿sabe usted? ¡Hay que huir!

—Va a prevenir a los otros... ¿Sabe dónde están?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Yo no puedo dejarla a usted sola aquí...

Ella se encogió de hombros:

—No te inquietes por mí, Sabin. Me iré luego, más tarde...

—¡Pero, señorita! ¿No comprende usted que más tarde no será ya posible? ¡Hay que huir ahora mismo! La policía va a venir... ¡Estamos perdidos!

Edwige volvió a encogerse de hombros. Sus ojos seguían teniendo el mismo brillo de un momento antes, cuando, ignorante del peligro que se cernía sobre ella se disponía a partir en busca del hombre querido...

—Podría ocurrirme esta noche la mayor desgracia, la mayor catástrofe y me daría igual, absolutamente igual... ¿Comprendes, Sabin?

Se había acercado a su fiel sirviente, a aquel hombre que había merecido siempre toda su confianza, al hombre que, de todos los que la habían amado y la habían servido, era el único ¡el único! que podía comprenderla...



Necesitaba confiarse en alguien en aquel momento, el más grave de su vida... Fue con un tono bajo y dulce, que le dijo:

—¡Alguien me espera! ¡Entiéndela, mi pobre Sabin! ¡Alguien me espera!... Tú debes saber comprenderlo... ¿verdad?

Sabin bajó la cabeza. Si él podía comprenderla... y lo comprendía... Sólo tuvo fuerzas para decirle:

—¡Tiene usted un gran valor señorita! ¡Adiós, y que sea usted feliz...!

—Sí, lo será, aunque sea por unos instantes... Lo que ha pasado estaba previsto. Debia suceder un día u otro... Pero todavía tengo una noche delante de mí... y eso es lo que me importa... Adiós, Sabin, adiós, y gracias por todo lo que por mí has hecho... Procura llevarte los papeles, o mejor, quemarlos... Buena suerte!

Se fue en pos de aquella felicidad que sólo debta durar unas horas. ¿Qué importaba? Aunque hubiese sido un instante, el instante de recibir un beso, habría sido igualmente. No quería huir, ¿para qué? Sólo expandiendo su falta se haría acreedora al amor que hasta conseguido inspirar a aquel hombre.

Fremet la vio llegar radiante de gozo, con la expresión de felicidad reflejada en su rostro bellísimo. Besó apasionadamente su mano:

—¡Con qué ilusión la esperaba!

Edwige hizo un mohín de coquetería:

—¿Me he retrasado?

—¡Oh, sí, horriblemente! Casi cinco minutos...

—¡Oh, está mal, muy mal!... ¡Perdóneme!

—La perdono por esta vez... Venga, venga usted por aquí... ¿Que yo la vea! ¿Que yo la admire! ¡Deme usted sus manos! ¡Pero qué maravilla! ¡Qué maravillosa que está usted aquí!

La miraba, en efecto, como si estuviera presenciando algo sobrenatural, maravilloso, inconcebible... ¡Había estado deseando tanto aquel momento!

—¿Tenía usted miedo de que no viniera? —Inquirió ella despojándose de la magnífica capa de pieles que cubría sus hombros.

—¡Muchísimo! ¡Tenía tantos deseos de verla antes de marcharme!

—¿Marcharse?

—Sí, embarco por la mañana, a las cinco. Una patrulla de tres días...

—¡Tres días! —murmuró los labios de ella...

Pensaba: «No tres días, sino toda la vida. No volverás a verme, amor mío, porque cuando regreses estaré lejos, muy lejos... ó tras las rejas de una cárcel, y tú habrás de avergonzarte de haberme querido...»

Fremet se había acercado a ella. La miraba, la miraba largamente como si quisiera grabar en

sus pupilas la imagen querida y llevarse la consigo aquellos tres días, que, después de este momento de felicidad que estaba viviendo, habrían de parecerle un siglo... Pasó sus brazos alrededor del talle de ella, sin que Edwige hiciera un gesto para rechazarle. No quiso besarla sin antes haberle dicho:

—Quiero preguntarle una cosa, Edwige. No podría irme sin haberlo hecho... Una cosa grave...

Ella presintió lo que iba a decir... Hizo el gesto habitual en ella siempre que Fremiet intentaba hablarle de aquello... Le tapó la boca con su mano...

—No, no, no... Me asusta... —rechazó.

Pero esta vez él no quiso ceder. Apartó la mano, la estrechó entre la suya tan fuertemente que casi le hizo daño:

—¿Edwige! ¿Consiente usted en ser mi mujer?

Ella calló, calló unos instantes porque necesitaba hacer acopio de todas sus fuerzas para responderle: —Prefiero no contestar... por ahora...

—Esto no es una respuesta, Edwige, y yo necesito saber, necesito saber antes de marcharme. No sería espas de hacerlo con la duda atenazando mi pecho...

Esperó ansiosamente, pero la respuesta no salía de los labios queridos. Se había vuelto de espaldas a él y rehusaba deliberadamente mirarle. Fremiet, loco

de amor, de desesperación, la obligó a volverse, a levantar la cabeza, a contemplarle frente a frente... ¿Por qué, por qué aquellos ojos queridos estaban llenos de lágrimas? ¿Por qué se leía escrito en ellos una inmensa tristeza? Sólo ella habría podido contestar a su ansiosa pregunta, y Edwige no parecía dispuesta a complacerle.

La sacudió violentamente por los hombros, la dijo casi gritando:

—¿Por qué no respondes? ¿Es qué... rehusas?

—Sí... —murmuró ella cerrando los ojos.

—Entonces... ¿es que no me quieres?

—No...

Mentía mal. El temblor de su cuerpo, las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, los labios entreabiertos, revelaban el verdadero estado de su ánimo. Le quería, le quería también, aunque se obstinara en negarlo, sólo Dios sabía por qué... El alma de las mujeres es a veces tan complicada que resulta imposible llegar al fondo de ella. Fremiet renunció a descubrir el por qué, pero no a besar aquellos labios que parecían ofrecérsela a pesar de sus negativas. La atrajo hacia él, en un abrazo tan fuerte, tan fuerte, que ella no pudo desahucarse. Sólo pudo repetir obstinadamente como si quisiera encontrar en sus palabras un baluarte para defenderse:



—¡Déjame!, ¡déjame, no te quiero... no te quiero...!

Allá en el hotel, el comisario de policía estaba en aquel momento registrando las habitaciones de la Hernau. Ni él ni sus agentes, que le acompañaban habían conseguido encontrar nada susceptible de comprometer a Edwige, pero Vesella no se llamaba ya a engaño. Tenía la seguridad de hallarse sobre la pista, aquella pista que habían estado buscando afanosamente meses y meses.

—El hecho de que no hayamos encontrado nada no cambiará nuestra manera de pensar... Estamos seguros de ello. ¿Entiende? —le decía al mayordomo del hotel que le seguía azarado a través de las distintas dependencias del lujoso departamento alquilado por la Hernau.

—Sin embargo, yo le aseguro, señor comisario, que la señorita Hernau es una de nuestras mejores clientes... Una persona honorable y conocida.

—Conocida, desde luego... honorable, ya se verá más tarde. Posiblemente para no renunciar a esta «honorabilidad» es por lo que ha quemado su archivo... antes de desaparecer...

### La revelación

Acababan de dar las cuatro en el reloj del salón. Edwige abrió

los ojos, se incorporó en el diván, miró a Fremiet sentado en el suelo, junto a ella, y le preguntó:

—¿He dormido?

—Sí...

—¿Y me has dejado dormir? ¿Por qué me has dejado cuando nos queda tan poco tiempo?

—Aún nos quedan dos horas, no me voy hasta las siete. ¡Y si vieras qué bonita estás cuando duermes!...

—Andrés... te quiero... te quiero... —dijo ella echándose en sus brazos y ocultando su rostro en el pecho de él...

Temblaba toda ella como si estuviera invadida de un temor súbito y quisiera buscar refugio en el hombre querido... Fremiet la retuvo entre sus brazos, y al sentir que ella sollozaba, la acarició dulcemente:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan seria? ¿Por qué lloras?

—Es que... soy tan dichosa...

—murmuró.

—Yo también lo soy... ¡Es tan difícil de explicar lo que siento en este momento...!

—No me expliques nada. Me basta con saber que me quieres...

—No, no basta eso... Deseo comunicarle una decisión muy importante que acabo de tomar... Estoy firmemente resuelto a guardáros a las dos... cueste lo que cueste...

—¿Las dos?

—Sí. Tú... y la felicidad.



—¡Siempre piensas en lo mismo...!

—¡Siempre!

—¿No te basta con... esto? ¿Con mi amor?

—¡No! Debes ser mi mujer, debes llevar mi nombre. No puedo pensar en vivir sin ti... No quiero aceptar una situación equivoca... Quiero amarte a la vista de todos... quiero, en una palabra, que seas mi esposa...

El timbre de la puerta se dejó oír estrictamente. Fremlet hizo un gesto de contrariedad:

—¿Quién será ahora? No creo que sea mi ordenanza... Voy a ver...

Era un agente de la policía, portador de una carta para Fremlet, del comisario Vezelle. Edwige, sentada en el diván, vió como él la abría y procedía a leerla. Entonces comprendió que todo, absolutamente todo, estaba perdido. Que aquellas horas de felicidad no volverían jamás... Y comprendió también que la expiación de su culpa sería digna de la magnitud de su pecado.

Fremlet se acercaba ya... Estaba tan pálido que Edwige, olvidando su propio dolor, sintió lástima de él, más que de sí misma... Cuando estuvo frente a ella se la quedó mirando con una expresión mezcla de horror y de desprecio. A la pregunta que le hizo ella contestó con ira sorda:

—Una carta del comisario Vezelle, referente a ti. Una carta

que me dice lo que eres... ¡y quién eres! Entonces, ¿es verdad? ¡Tu fortuna era eso! ¡Tu oficio era ese...!

Esperó la respuesta de ella. La deseaba y la temía al mismo tiempo. Esperaba ¡qué se yo! que se rebelase, que negase, que mintiese... Pero Edwige no rechazó la acusación, al contrario, repuso con voz clara y firme:

—Sí. Sabía muy bien a lo que me exponía viniendo aquí y he venido. Te ruego que tengas en cuenta eso, sólo eso...

—¡La mujer que yo quería hacer mi esposa!... ¡Una aventurera sin escrúpulos...! ¡Te has servido de mí para hacer tu negocio...!

Edwige se levantó. La actitud serena y resignada de un momento antes había desaparecido. Aquella acusación acababa de herirla como una puñalada. Rechazó:

—No, no; cuando te conocí puse hacerle, pero luego me enamoré de ti, y todo mi afán ha sido remediar el mal que habías hecho...

—¡Mientes! ¡Eres una embustera! Has abusado de mi confianza y de mi ternura representando sólo una comedia.

—¡No, no! —exclamó de nuevo ella con los ojos arrasados de lágrimas—. ¡No quiero que digas eso! ¡No quiero que creas eso! ¡Mi amor es verdad...! una verdad que no tiene nada que ver

con lo otro... No puedo mentir, Andrés, después de lo sucedido entre nosotros... Solamente te he querido a ti y tú lo sabes demasiado bien... El odio te ciega ahora, pero te acordarás toda la vida de estos momentos que hemos pasado juntos...

—Sólo me acordaré de ti para odiarte... No, ni siquiera eso. Para compadecerte...

—No quiero tu piedad, como tampoco quiero que haga nada por mí... Cumple con tu deber, Andrés Fremiet... Más tarde, cuando te acuerdes de lo que ha pasado... puede que llegues a comprender que te he querido de verdad y me perdones.

—Me acordaré que has hecho matar a soldados franceses, me acordaré de que soldados franceses, mis camaradas, han muerto por tu culpa. ¡De esto sí que me acordaré toda la vida! ¡No me quiero acordar más que de esto! Y mañana por la mañana, mejor dicho, dentro de dos horas, cumpliré con mi deber... ¿Me oyes bien? ¡Con mi deber...!

Se acercó a ella amenazador. Por un instante creyó que iba a hacerle. Impasible, frío, duro, aquel hombre, que unas horas antes se había mostrado tan rendido y apasionado, la vio caer a sus pies desmayada, sin hacer el menor gesto para evitarlo...

De repente oyó ruido de cristales al romperse. Se volvió rápidamente a tiempo de ver a dos hom-

bres saltar por el balcón del jardín... Antes de que hubiera podido hacer un sólo gesto para defenderse, para pedir auxilio, recibió un fuerte golpe en la cabeza y perdió la noción de sí mismo.

### ¡Fuego!

Vencilla estaba interrogando a un policía acerca de lo sucedido aquella madrugada en casa del comandante Fremiet:

—¿Quién le avisó a usted que fue allí?

—Su ordenanza. El comandante Fremiet debía embarcar a las seis. Su ordenanza tenía la consigna de ir a recogerle a las cuatro y media, pero no se entró en la casa, sino de esperarle frente a la villa. Como pasaba el tiempo y el comandante no salía, el ordenanza decidió entrar en la casa, encontrando al comandante en el suelo medio desvanecido. Cuando nosotros llegamos, el señor Fremiet estaba ya en pie e insistía en embarcar inmediatamente...

—¿Y qué les dijo?

—Que declararía a su regreso, nada más.

—¡Esto es otro golpe de la banda! Voy a avisar inmediatamente al Almirantazgo, que hará lo necesario.

Fremiet había embarcado, en efecto. Acababa de entrar en su



camarote, sorprendiendo por centésima vez a su fiel Quiriadec escribiendo una carta... Le preguntó:

—¿Escribes a la misma?

—¡Pues claro! —repuso Quiriadec ingenuamente.

—¿Y la sombra de Ernesto no le atormenta?

El alma de Quiriadec no entendía de complicaciones. Fué con el mismo tono de candor, que contestó la pregunta de su jefe:

—Me atormenta... poco poco. Además, mi comandante, debo confesarle la verdad... Yo también la engaño.

Fremiet no pudo menos de sonreírse al oír la explícita confesión de su ordenanza.

—¡Ah! ¿Y eso es lo que le escribes?

—¡Oh, no, no, desde luego!... ¿Voy a ser tonto de decirle eso? Pero precisamente porque la he engañado pienso en ella más que de costumbre. Y, además, me digo... «Cuando ella ve a Ernesto también... también pensará en mí de la misma manera»... ¡Pues que vaya con él, pero lo importante son sus sentimientos!

Aquella deducción filosófica no pareció convencer al comandante, quien, adoptando un tono de gravedad que no acostumbraba a usar nunca para hablar con Quiriadec, le advirtió:

—No. Lo que importa en la vida es el deber... la obligación. Lo demás no tiene ningún interés. Ni

siguiera las mujeres... ¡Ninguna mujer...!

Y al decir esto cerró los ojos para ver mejor la imagen de aquella mujer que llevaba en el pensamiento...

Los nombres que habían entrado por el balcón del jardín de Fremiet eran Di-Larco y Sabín, que fueron allí con ánimo de descansar a Edwige, si aún era posible. Lo había sido, en efecto, y también habían conseguido llevarla hasta el muelle, hacerla subir a bordo del barco que tenían ellos siempre a su disposición, y alejarse de Tánger velozmente.

Sentada, mejor dicho, derrumbada en un sillón, con el rostro oculto entre sus manos, Edwige lloraba. Todas las lágrimas que no habían derramado sus ojos en su vida de mujer fría y calculadora se habían acumulado ahora en sus pupilas. Lloraba desesperadamente, a grandes sollozos, siendo inútiles las palabras de Di-Larco para hacerla serenarse un poco:

—Si no hubiéramos hecho esto, a estas horas estaría usted detenida, condenada...

Edwige levantó la cabeza. Miró unos instantes a su «salvador» con una expresión de supremo desprecio y...

—No me hubiera importado nada...

—¿Qué podía usted esperar? El



lo sabía ya todo. De cualquier modo, ya estaba perdido para usted... ¿No es así?

Ella no contestó. Desvió la mirada con un gesto de asco, como si le repugnase contemplar el rostro de aquel hombre que durante tantos años había sido su cómplice. Di-Larco continuó diciendo:

—Lo que nosotros le hemos dado, a pesar suyo, es la libertad. ¿Comprende usted? ¡La libertad, con todo lo que ella representa, y la posibilidad que aún tiene para usted...! Hubiera sido demasiado estúpido dejar allí nuestras reservas, así que ha mandado cargar lo que se ha podido. Usted sabe que yo la he servido siempre fielmente y no iba a desmentir en el último instante esta fidelidad...

Edwige se levantó. Paseó arriba y abajo del camarote, luego se detuvo frente a Di-Larco:

—Entonces ¿esperan ustedes que vuelva a empuñar? No y cien veces no. Ustedes podrán hacer lo que les convenga, podrán decidir de sus futuros destinos, pero no cuenten conmigo para nada.

—¡Bah! Usted habla ahora así porque está todavía bajo la influencia de su pasión por aquel hombre, pero pronto olvidará... Usted adora el trabajo...

—«Este» ya no...

—Ha sido usted terriblemente injusta con nosotros, pero ya reconocerá algún día el gran bien que le hemos hecho. Ha estado

usted rodeada de amigos sinceros y fieles hasta el último momento, amigos que han sabido ser pacientes durante sus crisis y lo serán durante su curación...

Los labios de Edwige se plegaron en una sonrisa. Una sonrisa cien veces más amarga que las lágrimas que había derramado un instante antes:

—Usted ignora una cosa, querido Di-Larco.

—¿Qué es ello?

—Que esta vez yo... no me quiero curar, ¿comprende?

—Eso lo dice usted ahora...

Premiet acababa de recibir un mensaje del Almirantazgo. Casablanca señalaba la salida de un barco sospechoso. El «Cleber» había intentado inútilmente acercarse. El Almirantazgo daba órdenes de perseguirlo si era necesario y de hundirlo en caso de resistencia. Su nombre era el «Marsoni», y lleva un pabellón falso. Su ruta era seguramente la de Gibraltar, Norte D.K. Oeste, hasta llegar al 87.

Y Premiet dio orden de tomar la ruta hasta el 87.

El negocio montado por Edwige Hernau tenía ramificaciones en todo Marruecos. Agentes secretos, espías, cómplices hasta en las más altas esferas... Fue precisamente el agente 17, de Casablanca el que se encargó de radiar al «Marsoni» la noticia de que se

les perseguía y de que era precisamente el «Inflexible» el barco que había recibido la orden de ir en su busca...

Di-Larco sonrió diabólicamente a leer el mensaje que el radiotelegrafista acababa de entregarle. Miró a Sabin, que acodado a la barandilla oteaba el horizonte, y le dijo:

—¿Has visto? Es el «Inflexible».

—Sí. ¿Y qué?

—¿No te dice esto nada?

—Me dice que nos persiguen. Eso es todo. ¿Te parece poco? ¿Acaso quisieras que fueran otros barcos?

—Quiero decir que Premiet es el comandante de este barco.

Y viendo que Sabin hacía un gesto de indiferencia, le dijo en voz baja:

—¿No comprendes todavía? ¿Es que te has vuelto tonto? Si supiera que Edwige está a bordo, no tendríamos que temer nada de él, estoy seguro de ello. Estaba muy colado por esta mujer, y Edwige no se olvida fácilmente. ¿Sabes lo que se me ocurre?

—¿Qué?

—Pues que voy a mandarle un mensaje. Será el único medio de evitar que nos manden una «pillora»...

Regresó a la cabina en donde se había refugiado ella. Edwige permanecía en la misma actitud:

—Acabamos de recibir un mensaje. Un torpedero viene persiguiéndonos.

Edwige se limitó a encogerse de hombros. Si le hubiesen dicho que toda la Escuadra venía en persecución suya habría hecho lo mismo:

—¿No siente usted curiosidad por conocer el nombre de este torpedero?

—No. ¿Para qué? Todo me da igual.

—Es el «Inflexible». ¿Sabe usted quién lo manda? Sí, ¿verdad? Premiet. Es una ocasión única. Va usted a enviar en seguida un mensaje a ese hombre.

—¿Qué? ¿Está usted loco? Jamás haré nada semejante.

—Es necesario que sepa que está usted a bordo.

—Eso ya debe suponerlo.

—Suponerlo... suponerlo... Pero es preciso que esté seguro. ¿Comprende?

—¿Por qué?

—Porque así podrá maniobrar de manera favorable.

—Favorable... a nosotros? ¿Y cuentan ustedes conmigo para eso?

Di-Larco conocía demasiado bien a Edwige para comprender que si ella decía «no» sería la suya una negativa sin apelación posible. Pero a pesar de esta evidencia quiso insistir, antes de decidirse a obrar por su propia cuenta.

—Mire usted, Edwige. Ahora no son momentos de elegancias ni de sentimientos. Comprendo lo que está pasando por su interior,



respeto su estado de ánimo, pero se trata de salvar el pellejo.

Rapereba la respuesta de Edwige. Esta no se hizo esperar. Fué la que él había supuesto.

—No pienso hacer nada para salvar el mío... —contestó con un aire de suprema indiferencia.

El turbio sentimiento de los celos que anidaba en el corazón de Di-Larco saltó a la superficie. Fué con un tono de rabia mal contenida, que le dijo:

—Nunca habría creído que el amor pudiera volver tan insensata a la mujer tan inteligente. Pero, ¿no comprende usted que es una cuestión de vida o muerte?

Y como ella no contestara, continuó:

—Como usted quiera, entonces; pero no le extrañe después el pensamiento y obramos de forma distinta. Buenas noches.

Se fué a la cabina del radiotelegrafista y le preguntó:

—Escucha. ¿Podrías ahora conseguirme al «Inflexible»?

—El señor.

—Entonces, toma este mensaje. «Comandante torpedero «Inflexible». Edwige Hernan a bordo del cargo «Marsoni». ¡Vamos, vamos, aprisa! Envíalo en seguida! Creo que con esto lograremos conjurar el peligro.

Temblaban las manos de Premiet al leer el mensaje escrito que le trajo el telegrafista del «Inflexible». «Edwige Hernan a bordo del cargo «Marsoni», es de-

cir, a bordo del barco que ellos andaban persiguiendo y que tenían la consigna de hundir sin remisión si intentaba huir después de haberle intimado a que se detuviera... Edwige... Aquella mujer que había dicho con un tono de solemnidad del que no podía dudarse: «Te juro que eres el único hombre que he querido». ¡Ah! pero también la aventurera sin escrúpulos, enriquecida con el tráfico de armas, la responsable moral de la muerte de sus valientes camaradas en Mascaret, el ser vil y despreciable que, por un puñado de oro, había vendido su Patria... ¡No, no podía haber compasión para ella! Andrés Premiet cumpliría con su deber hasta el fin, no obediendo a un deseo de venganza, sino obediendo al espíritu de disciplina. No sabía si amaba todavía a aquella mujer. No era aquel el momento propicio para analizar sus sentimientos. Sabía sólo que había creído odiarla unos instantes, pero que esto empezaba a parecerle imposible. Patria, Deber, Disciplina, Servicio... He ahí los cuatro sentimientos fundidos en uno sólo, que en adelante debían anidar en su corazón. Para ser fiel a ellos debía olvidar, olvidar que en el «Marsoni» viajaba aquella criatura seductora que le había enloquecido con sus encantos, y dar una orden, una sola orden, dura e inflexible:

—¡Que fueren las máquinas!



¡Aumenten la velocidad hasta 200 revoluciones! ¡Cada uno a su puesto!

Di-Larco, que observaba con los gemelos, vió acercarse un barco de guerra. Pronto descubrió que se trataba del «Inflexible». No podía creer lo que estaban viendo sus ojos. ¿Después de su menaje! ¿Cómo era posible?

Corrió al camarote de Edwige, para comunicarle que el «Inflexible» estaba a la vista. Ella recibió la noticia con un encogimiento de hombros. Ahora ya no lloraba. Sus ojos estaban secos, pero tenían un brillo extraño. Aquella serenidad de la Harnau le asustaba más que su desesperación de un rato antes. Conocía muy bien aquel gesto duro del rostro de ella, aquel gesto tan poco femenino, con el que había tropezado tantas veces durante el tiempo que había estado a su servicio.

—El ataque no tardará mucho —insinuó Morton, que había acudido también al camarote de Edwige.

—¿Qué puedo hacer yo? —replicó ella con tono de indiferencia.

—No queremos que haga nada, pero tenemos que comunicarle la decisión que hemos tomado. Si el «Inflexible» amenaza abrir fuego, no lucharemos.

—¿Quiera está decir que van a rendirse?

—¿Qué remedio nos queda!

—Pero ¿es posible que hable usted así, Morton?

—Nos avendremos a razones. Tal vez no esté todo perdido todavía.

—¿Saben ustedes lo que los espera? —gritó ella, irguiéndose desafiadora.

—Sabemos lo que nos espera... a, pretendemos huir.

La Harnau contempló unos instantes a aquellos dos hombres, Morton y Di-Larco, a los que unía en aquel momento en un sólo sentimiento de desprecio. Empezó a hablar y a medida que iba haciéndolo iba levantando el tono de voz hasta casi gritar:

—¡Y ustedes son los que se llaman hombres! ¡Después de todo, la cárcel no es demasiado molesta! No, no lo ha de ser, sin duda, para unos aventureros como ustedes, acostumbrados a correr el riesgo de ir a parar a ella... ¡Diez años, veinte, pasan muy pronto! Algún día se sale. Los trabajos forzados no son siempre desagradables.

Su cortante ironía encontró eco en la de Di-Larco, que contestó:

—¿Qué otra cosa puede usted ofrecernos que sea mejor?

—Cuando se ha perdido una partida hay que saber aceptar la derrota.

—La queremos lo menos peligrosa posible —dijo Morton, intervinando.

Pero Edwige no cedía. ¡No quería ceder, no quería rendirse!

¿Rendirse... a él? ¿Ver de nuevo reflejado en sus ojos aquella expresión de odio profundo con que la había mirado en el último instante, antes de que ella cayera a sus pies desvanecida? ¡No, no, jamás! La muerte era mil veces preferible. Era el único precio que estaba dispuesta a pagar por su culpa. Un precio que otros considerarían tal vez demasiado elevado, y que a ella le parecía mezquino. La muerte después de lo sucedido, más que un castigo sería una liberación.

—El barco es mío —gritó—. Y Sabin es quien lo manda. Nunca nos rendiremos.

—¡Eso ya lo veremos!...

—¡Ya está visto! Por última vez volveré a ser vuestro jefe. Y tendréis que obedecerme.

—No obedeceremos el capricho de una loca... Si usted quiere morir, allá usted. Nosotros estimamos nuestro pellejo un poco más.

—Os repito que el barco es mío y que aquí mando yo. No nos rendiremos, y si no nos es posible huir, pues bien, nos hundiremos todos...

Y antes de que Di-Larco y Morton se dieran cuenta de sus intenciones e intentaran impedir las, salió rápidamente del camarote, cerró la puerta con llave y empezó a llamar a Sabin a grandes gritos. Sabía que éste le sería fiel hasta el último instante y que acataría sus órdenes como un perro fiel, sin discutir las

¿Acaso no le había dicho muchas veces que estaba dispuesto a dar por ella la vida? Pues ahora había llegado el momento de poner a prueba la sinceridad de sus palabras:

—¡Sabin! ¡Sabin! Dime, ¿no puedes aumentar la velocidad?

La respuesta de éste fué desalentadora:

—No, señorita, es enteramente imposible. Estamos en el límite. Las máquinas explotarían.

—Entonces, ¿no hay probabilidades de huir?

Sabin hizo chasquear los dedos. Era un gesto peculiar en él.

—Ni una por ciento —repuso.

—Ni una por ciento... Entonces todo está perdido. Dime, Sabin, ¿estás seguro de que las de a bordo te obedecerán hasta el final?

—Tan seguro como de mí mismo.

—Entonces es preciso que escuches lo que voy a decirte. Morton y Di-Larco querían rendirse. ¿Lo quieres tú también?

—¡No! ¡Son unos canallas! ¡No me extraña en ellos! ¡No han tenido nunca la dignidad de su oficio! Pero nosotros no les obedeceremos. Sólo atenderemos las órdenes de usted.

Edwige le tendió la mano, que Sabin estrechó fuertemente entre las suyas. Era el único premio que ella podía ofrecerle en aquel momento a tanta fidelidad, pero a él le bastaba con aquello. Con aquello y con la mirada de agra-



decimiento que ella le dirigió al mismo tiempo que le decía:

—Gracias, Sabin, no esperaba menos de ti.

—Gracias... a usted, por haber confiado en Sabin hasta el último instante.

El «Inflexible» se había acercado tanto al barco fugitivo que Premiel, desde el puente de mando y con ayuda de sus gemelos pudo ver clara y distintamente un busto de mujer inclinada sobre la borda del «Marconi». La reconoció en seguida. ¡Era ella! Se volvió hacia su segundo para ordenarle:

—Indíqueme que pare inmediatamente.

—Bien, mi comandante.

Sabin, que, junto a Edwige, miraba también con los gemelos, recogió la señal que le hacía desde el «Inflexible», una señal tan conminatoria como el nombre que llevaba el torpedero.

—Orden de parar —explicó, dirigiéndose a la Hornau.

La proximidad del peligro no hizo temblar a Edwige, al contrario, pareció enardecerla. Con un grito salido del fondo de su pobre alma atormentada, suplicó:

—No, no, Sabin; más deprisa, más deprisa.

Sin una vacilación, sin el más ligero temblor en la voz, el fiel Sabin retransmitió la orden al cuarto de máquinas:

—Pueren las máquinas... Si es posible.

Sabin que no lo era, pero sabía también que los de allá abajo intentarían obedecerle hasta el límite. Estaban con ellos y no vacilarían ni un sólo instante. Solo Di-Larco y Morton se aventaban a aceptar la idea del presidio. Los demás preferían morir como la propia diosa del barco.

—¿Saben los de a bordo que huimos? —preguntó Edwige, obedeciendo a un repentino sentimiento de inquietud, al pensar que llevaba a la muerte a aquel puñado de hombres. Como si hubiese adivinado su pensamiento y quisiera tranquilizarla, Sabin repuso:

—Sí. Estaban seguros de que usted no flaquearía jamás. Todos convienen con nosotros que antes de entregarnos es preferible hundirnos. Es la única probabilidad que nos queda en este momento. Ellos no son cobardes como Di-Larco y Morton. Saben jugarlo todo a una sola carta, y saben perder cuando es necesario.

Allá, a bordo del «Inflexible» un hombre se estaba preparando para cumplir su deber. Era Premiel, que seguía contemplando con los gemelos la figura de la mujer del barco. Estaban ahora tan cerca que podía ver distintamente el rubio cabello flotando al aire y las facciones de ella. Aquel bello rostro, asotado por el viento, había recibido sus besos una hora antes. Sentía una alegría casi salvaje al experimen-



tar que no pensaba rendirse. Era mejor así. Mil veces mejor. Aquella aventurera sabría, en el último momento, tener un saqueo digno. Y cuando un pecador sabe expiar su culpa y darse a sí mismo el castigo que merece, se hace acreedor al perdón.

—Mi comandante —dijo el oficial, acercándosele—. Los del «Marsoni» no contestan nuestras intimidaciones. Parece que no quieren rendirse. Al contrario, han aumentado la velocidad. Quieren huir, sin duda. Es una insensatez, pero...

—Preparen el cañón primero en disparo de aviso —ordenó Fremiet.

El oficial repitió la orden:

—Punto de mira 200 metros por delante.

Se oyó la voz del marinero repitiendo:

—¡Preparen el cañón primero en disparo de aviso! ¡Punto de mira 200 metros por delante!

Otra voz de marinero repuso:

—¡Preparado el cañón!

El «Marsoni» no se rendía. Al contrario, había forzado la marcha todo lo posible. Edwige seguía allí, sobre cubierta, pálida e inmóvil, de espaldas al «Inflexible». A simple vista habría podido ahora distinguir al comandante del «Inflexible» de pie en el puente de mando, mirando con los gemelos. Pero ella no quería verlo, no quería llevarse aquella imagen al otro mundo, quería, por el con-

trario, guardar celosamente otra imagen infinitamente más dulce. La de Fremiet inclinándose sobre ella y diciéndola: «Te quiero, Edwige, estoy loco por ti».

—¡Mándalos que vayan todavía más deprisa! —gritó fuera de sí, dirigiéndose a Sabin.

—¡Fuercen las máquinas! —gritó a su vez éste, dispuesto a llegar hasta el fin.

En aquel momento, Fremiet estaba dando la orden de soltar el primer disparo de aviso. Esta vez su voz temblaba ligeramente al decir:

—¡Preparado el cañón!

Los hombres de la tripulación obedecieron. Se sentían felices de poder hacerlo. Todos recordaban los camaradas del «Cavaller» muertos heroicamente en el glorioso desembarco de Mascareñ. Todos deseaban vengarles, y todos sabían que a bordo de aquel barco que se disponían a echar a pique iban los odiosos traficantes de armas responsables de aquella desgracia.

El segundo aviso del «Inflexible» fué desestimado por los tripulantes del «Marsoni». Entonces Fremiet ordenó:

—El primer disparo a cien metros!

Y, cuando todo estuvo preparado, ordenó:

—¡Fuego!

Aquel disparo era sólo una intimidación. El los tripulantes del «Marsoni» no decidían rendirse,

un instante después su cañonazo acabaría para siempre con su rebeldía.

Y la rendición que Fremiet temía que se produjera estuvo a punto de realizarse. Di-Larco y Morten habían conseguido salir de su camarote, y el primero gritaba, loco de terror, decidido a toda costa a hacer detener el barco:

—¡No huyan! ¡Parent! ¡Están ustedes locos! ¡Vamos a la perdición! ¡El «Inflexible» va a torpedearnos!

Se disponían a bajar al cuarto de máquinas, pero encontraron una mano femenina que les barría el paso. Aquella mano iba armada de un revólver y estaba decidida a dar buena cuenta de ellos antes de que pudieran realizar su cometido. Edwige Hernau seguiría siendo la dueña del barco hasta el último momento y su criterio prevalecería por encima de todos, como había hecho siempre durante sus años de vida aventurera. «La mujer sin miedo» le había llamado un día un admirador suyo. Ahora había llegado el momento de demostrarlo. Moriría como había vivido. Audazmente y peligrosamente.

—¡Si se mueven ustedes disparo! —gritó enseñándoles el revólver—. ¡Cobardes! ¡Canallas!

Y, volviéndose a Sabin, repitió obstinadamente una orden que ella sabía no podría ya cumplirse:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

—¡Pieza primera! ¡Obús de combate! ¡Carguen!

La voz del marinero repitió la orden de Fremiet:

—¡Pieza primera! ¡Obús de combate! ¡Carguen!

Y casi inmediatamente:

—¡Fuego!!

Se produjo una explosión terrible, y el «Marsoni», alcanzado por el obús, se hundió rápidamente. El mar, indiferente, engulló su carga.

Pero Andrés Fremiet siguió contemplando largo rato el bello rostro de Edwige Hernau flotando sobre las aguas. Comprendió que aquella imagen le seguiría siempre, a donde quiera que fuese, y sintió su corazón invadido por una ternura infinita. Ahora podía seguir amándola, porque con el holocausto de su vida, había expiado su culpa.



FIN

Joseph de Batlle chirurgien



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 134

BARCELONA